Un acercamiento pastoral al tema de la exclusión social

Hernán López Urbina

Tesina
En cumplimiento parcial de los requisitos para optar al grado de
Bachiller en Ciencias Teológicas

Profesora Guía: MSc Mireya Baltodano

Universidad Bíblica Latinoamericana
San José, Costa Rica
Diciembre de 2007

INCLUSIÓN O EXCLUSIÓN DESDE LA COMUNIDAD DE FE

Un acercamiento pastoral al tema de la exclusión social

Tesina
Sometida el 13 de diciembre del 2007 al cuerpo docente de la Universidad Bíblica Latinoamericana, en cumplimiento parcial de los requisitos para optar al grado de Bachillerato en Ciencias Teológicas por:

Hernán López Urbina

Tribunal integrado por:

____
MSc Mireya Baltodano Arróliga
Decana y profesora guía

____
Msc Nidia V. Fonseca Rivera
Lectora

A ellas también les pertenece este titulo:

A mi hija Rachel Marie,
mi “regalo del cielo”
cuya presencia y ternura
me confirma el placer de vivir

A mi esposa Mirna Elizabeth
a quien el tiempo hace enamorarme más,
pues cada vez saca más tesoros a la vida.
Tu persona “mi amor”
es la presencia más palpable
de la alegría, los grandes valores
y la nobleza humana.

A mi madre Emilia
que renuncia a todo por estar a mi lado.

Profundo agradecimiento

A la profesora MIREYA BALTODANO
por la paciencia y el cariño
de guiarme en este trabajo,
su afecto me inspiró
para obviar el cansancio académico
y a sentir renovada alegría en mis proyectos.

INCLUSIÓN O EXCLUSIÓN DESDE LA COMUNIDAD DE FE
Un acercamiento pastoral al tema de la exclusión social

INTRODUCCIÓN

La exclusión es un fenómeno de carácter complejo, que carcome y destruye la integridad de las personas y de la sociedad. Tal fenómeno está presente en la mayoría de las áreas sociales, incluyendo la iglesia; de ahí el interés por desarrollar esta investigación. En el primer capítulo se intentará definir el significado del fenómeno de la exclusión, haciendo un análisis social, psicológico y económico. La complejidad que representa puede abarcar otras áreas de estudio, sin embargo, por la dimensión y la naturaleza de este trabajo se limitará únicamente al análisis de las mencionadas. El análisis pretendido se extenderá a la comprensión de las circunstancias que originan la exclusión; por ello, igualmente se hará un análisis de los sujetos excluidos y excluyentes y las razones que se desencadenan en esta interacción.

Desde la perspectiva eclesial, se intentará definir la actitud y las esperanzas que se tejen alrededor de esta institución como comunidad sanadora, se expondrán las acciones negativas de algunas iglesias, cuyas estructuras fundadas en la rigidez moral y la superficialidad de la hermenéutica bíblica niegan la misión de sanar. Por tal razón en el segundo capítulo se hará un análisis del relato bíblico, iniciando con la motivación de los profetas a convertir la comunidad de fe en un espacio de inclusión. En los evangelios se enfocará en la persona de Jesús, cuya pastoral inclusiva trasciende los esquemas de las ortodoxias, condenadoras, elitistas y desencarnadas de las realidades humanas.

Este trabajo parte de experiencias concretas: la eclesial y la social centroamericana. Por esta razón el análisis teológico del excluido se hace desde la perspectiva de la Teología Latinoamericana, que centra sus reflexiones sobre la marginación y exclusión como resultado del pecado estructural que generan condiciones socio-económicas negadoras del plan salvífico de Dios.

El tercer capítulo es una propuesta a la comunidad de fe para desarrollar algunas alternativas inclusivas. Las alternativas propuestas no pueden tener buen suceso si no se desarrollan en un ambiente de profunda sensibilidad sobre las condiciones de anti-vida que se generan sobre las personas con quienes hace labor y los anhelos de superación y comunión de éstos. Entre las propuestas y las sugerencias se encuentra la utilización del espacio litúrgico como medio para el crecimiento personal y para el convite de los sectores sociales excluidos. También se propone el desarrollo de prácticas resilientes entre sus miembros. Se explicita la manera en que la

comunidad de fe puede servir de soporte para ayudar a desarrollar la capacidad de superación personal mediante prácticas inclusivas.

Finalmente se invita a fomentar la tolerancia como valor cristiano, entendida como el respeto y consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, la no imposición de criterios dogmáticos o moralistas sobre la primacía de la dignidad humana.

La investigación del tema no es exhaustiva, ni los planteamientos propuestos pretenden definirse como determinantes. El interés que prevalece en esta investigación es recordar que la iglesia no puede desentenderse del cuidado de quienes están en circunstancias adversas, o que sufren las consecuencias de una sociedad excluyente. Se espera con modestia que este documento sirva como pequeña contribución para hacer justicia en pro de aquellos que la sociedad irracional atropella e ignora.

Capítulo I

Acercamientos al tema de la exclusión social

En América Latina se vive hoy bajo paradigmas económicos de mercado, una política de democracia representativa que mercantiliza el voto y es dependiente de grandes capitales transnacionales deshumanizantes, de claro corte ideológico, que fomentan una alta exclusión social y marginación cultural. Así, nuestros pueblos están marcados por el dolor, el miedo, la incertidumbre, el aislamiento, el rechazo, la angustia e incluso la desesperación: "Es una realidad marcada por el caos, en donde se excluye a las mayorías y se destruye la naturaleza" (Ulloa 2006,144-145).

Por tal razón se comenzará haciendo una crítica al sistema en donde vive la mayoría de los pueblos latinoamericanos.

A. Crítica al sistema opresor: sujeto excluido y sujeto excluyente

Los términos excluidos o excluidas tienen similitud con otros términos que a lo largo del tiempo han sido preferidos en el lenguaje social y que han ido cayendo en desuso debido a los cambios en las condiciones socio-económicas que generan la exclusión.

Estas expresiones, a pesar de tener similitudes, pueden tener connotaciones diferentes; así podemos encontrar términos como *vulnerables, empobrecidos, marginales, los que sobran, desechables, los sin voz* y otros. Todos se utilizan para referirse al mismo segmento de la población que la economía de mercado consumista considera sin importancia para sus intereses. Tal argumento se basa únicamente en su uso como mano de obra barata, de poca inversión y con vida útil de corta duración:

> En la sociedad postindustrial aparece una cuarta característica asociada a la pobreza: la incapacidad de satisfacer los deseos, la ausencia de vínculos, la soledad, la falta de autoestima… en la sociedad de consumidores, el pobre es un "consumidor imperfecto" la "vida normal y feliz" es la vida de los consumidores, siempre preocupados por elegir entre una gran variedad de oportunidades. Ser pobre significa estar excluido de la "vida normal y feliz"; ser pobre es no estar a la altura de los demás, esto viene a agravarse, no sólo porque el pobre sea reprobado, censurado, o recriminado, sino simplemente porque no es visto…es un ser completamente ignorado y excluido. La seducción publicitaria dicta modelos de consumo que generan en las capas de población más vulnerable la sensación de anormalidad (Guerrero 2003, 33-34).

Exclusión tiene similitud con la actitud de marginación que la sociedad expresa hacia las personas que considera sobrantes de una economía de mercado o por su condición social. En estos persiste la desigualdad social, cuya característica principal la constituye el desempleo, o el subempleo.

En relación con esta idea, Guerrero e Izusquiza afirman:

> Si a lo largo de la época industrial ser pobre significaba estar sin trabajo, hoy alude principalmente a la condición de consumidor expulsado del mercado. Por primera vez en la historia, los pobres no son necesarios ni para la salvación (como en la Edad Media) ni para la producción (como en la sociedad industrial), sino simple molestia y preocupación. No son necesarios para la producción, donde el trabajo, gracias al desarrollo tecnológico pasa a ser un problema secundario; y tampoco son necesarios para estimular la demanda que agotará la oferta. Son una mala inversión. El pobre es consumidor expulsado. Su lugar es estar fuera de nuestra vista, fuera de los espacios públicos, fuera de nuestra responsabilidad (2003, 38).

La exclusión social es vivida por quienes la padecen como un sentimiento de insuficiencia. Se valoriza cierto tipo de extremo individualismo en el cual el dinero compra cualquier cosa, generando una desenfrenada competencia. Ante esta cultura que deifica al dinero, los pobres se consideran sin valor social ante la exhibición de los ricos, cuyo estilo de vida se convierte en objeto de adoración y aspiración universal. El pobre empeora de dos maneras, primeramente en forma material y luego en su modo de vida:

> Se trata de ingentes multitudes de seres humanos descartables (expendables como se les dice en inglés) que no encajan en la “ley de la rentabilidad” ni representan “valor económico”, como eran los esclavos. ¿Cómo hacer para que su dignidad humana vuelva a ser referencia de “valor”? Ni siquiera parece correcto aplicarles el concepto clásico de “ejército industrial de reserva” porque son unos pocos los que entran en los cálculos de la rotatividad del trabajo barato (Assman 1994, 5).

El acto de la exclusión no es sólo estar expulsado de lo económico, social o lo político, sino que además tiene una connotación psicológica y ética de carácter complejo:

> Como ha quedado definido, excluido significa no ser reconocido, tenido en cuenta, "no ser". De este modo la exclusión social se convierte en una característica de nuestro tiempo. Los pobres, marginados y excluidos son los rostros humanos de las patologías de una sociedad enferma (Bel Adell 2002,4).

Actualmente se percibe un cambio significativo en esta sociedad de consumo que hace más dramática la situación de los excluidos: su degradación como seres humanos. Por eso se afirma: "en la actualidad el verdadero problema político de los pobres es la invisibilidad e irrelevancia. Frustración, depresión y sinsentido, fácilmente pasan a formar parte de la vida del excluido… hoy el pobre está en la oscuridad y cuenta poco" (Guerrero 2003, 38).

Según Santana, a los pobres se suma otro tipo de pobreza: "un nuevo tipo de pobreza, la pobreza de espíritu, ésta se evidencia en ellos, con su falta de propósitos, su vacío y sus consecuentes formas de destrucción irresponsable" (1985, 47). En ocasiones a los ricos se les ha querido exculpar llamándoles *pobres de espíritu.* Este trabajo no tiene intención de aseverarlo. Por lo que las menciones de *pobres* se enfocarán hacia los pobres materialmente hablando. El empobrecimiento por carencia de dinero provoca otras formas de pobreza que trascienden lo económico:

> La exclusión es la imposibilidad de gozar de los derechos sociales, es la imagen desvalorizada de sí mismo y la incapacidad personal de hacer frente a las obligaciones propias, la estigmatización que todo ello conlleva para las personas en las ciudades y barrios en que residen. Esta noción se entiende como concepto dinámico y mucho más amplio que *pobreza (Wikipedia*).

Para Justina Botto (1999,4) la exclusión social, sea debida a cualquiera de sus posibles orígenes, produce en quienes la padecen una pérdida o lesión del disfrute de los derechos fundamentales que como personas les corresponden. La exclusión marca la frontera entre quienes gozan en plenitud de sus derechos y quienes se ven privados de una parte de ellos. Hay menoscabo de sus capacidades de desarrollo como personas, agravio a su dignidad y, con frecuencia, peligro de su vida. La exclusión vuelve a la gente incapaz de insertarse o reinsertarse en el circuito económico; esta imposibilidad le lleva a un proceso de descalificación social y a la pérdida de una ciudadanía activa.

Esta autora concluye aseverando que:

> Toda exclusión es una injusticia. No hay ninguna que pueda proceder del ejercicio de la justicia, cuando lo que produce es el daño a la persona, su destrucción física, psicológica y moral (Botto1999, 4).

En cuanto a la persona excluyente se puede afirmar que su posicionamiento se afianza en estructuras sociales injustas, las cuales están organizadas de tal modo que

tanto el trabajo como los recursos existentes benefician a pequeñas élites. Estas se posesionan indebidamente del poder económico y desde allí dominan las instituciones sociales, políticas, religiosas y culturales dentro del sistema para que funcionen en su beneficio.

B. Diversas perspectivas teóricas al tema de la exclusión

La exclusión puede ser el efecto de prácticas explícitas de discriminación, que dejan segregado a un segmento de la población y la marginan del funcionamiento social. También es provocada por la deficiencia de procedimientos que aseguran la integración de los actores sociales, garantizándoles la oportunidad de desarrollarse plenamente, por tal razón se enfocará tal problemática desde diferentes perspectivas.

1. Acercamiento económico

Desde un punto de vista economicista, los excluidos son aquéllos que disponen de menos de la mitad de la renta media de una sociedad. Son aquéllos que tienen carencia económica y material, lo que significa hablar de comparaciones entre ricos y pobres, es también hablar de medidas. En esto se subraya la primacía de lo económico y se mide la pobreza en función de lo que se tiene. La marginación económica es la forma más visible de la exclusión:

> Excluido es el término que distingue a aquellas personas que no tienen dinero en relación con las que tienen mucho. Los segundos son las que participan plenamente en la dinámica social, mientras que las otras quedan postergadas como inútiles, innecesarias y molestas para el "correcto" funcionamiento de la sociedad. Son los que ven afectados su capacidad de relacionamiento y movimiento con soltura por la ciudad burocrática, sus nexos familiares, su nivel educativo, su participación política, su salud, y habilidades personales. Son personas deterioradas en su propia imagen personal y también en la capacidad de vincularse con otros (Guerrero 2003, 31-32).

Los estudios estadísticos oficialistas suelen diferenciar entre pobreza extrema, pobreza grave, pobreza moderada y precariedad social. Para ellos no todas las personas consideradas pobres están en la miseria, pero la unión de todas ellas en el concepto de *pobre* señala que son personas que no disponen de los medios necesarios para alcanzar un nivel de vida digno.

> La pobreza se mide en función de lo que se tiene, pues bien conviene no olvidar que la persona, cualquier persona es mucho más que números o dinero, pues

supone relaciones, afecto, capacidades, formación, salud, y otros muchos elementos sociales y culturales, no todo puede reducirse a aspectos cuantitativos, puesto que la vida humana se juega en la calidad de vida (Guerrero 2003, 28).

Aunque las condiciones económicas si cuentan porque la pobreza es la principal forma de exclusión, la visión economicista no basta para explorar la real dimensión de la exclusión social y sus consecuencias a otros niveles.

2. Acercamiento social

Tanto la pobreza y toda forma de exclusión son fenómenos multidimensionales cuyo análisis y medición es una tarea compleja, debido a los diferentes marcos analíticos y criterios utilizados para su estudio. No existe una sola forma ni acuerdo en cuanto a la metodología y el tipo de indicadores que deban utilizarse para medir su dimensión. Algunos estudios se enfocan más en los aspectos económicos de ella, mientras que otros dan más importancia a los sociales; por lo tanto, tampoco existe una manera única de combinar la información o generar indicadores para obtener una medición del grado de exclusión.

La exclusión social consiste en la separación de una persona de una comunidad o de un sector de la sociedad, respecto al trato social. El proceso puede mostrar diferentes grados y mecanismos, desde la indiferencia hasta la represión y reclusión geográfica. Su carácter definitorio es el aislamiento social.

La exclusión es un proceso, no una condición, por lo tanto sus fronteras cambian constantemente, y quien es excluido o incluido puede variar con el transcurso del tiempo. Contribuye el grado de educación, la sobrepoblación, los prejuicios sociales, prácticas empresariales injustas y políticas públicas erradas.

Se consideran excluidos a todos los grupos sociales que son víctimas de discriminación y buscan aceptación en la sociedad, ya sea económica, política, religiosa, social, entre otras. Ello incluye a grupos étnicos, ideológicos, raciales, sociales, de género, entre otras, que son víctimas de trato desigual y cuya dignidad como seres humanos es pisoteada.

La exclusión se puede producir debido a diferentes factores, así también ser el resultado indirecto de procesos de desarrollo, ya sea por el hecho de seguir ciertos ideales de una comunidad, por una precaria situación económica, o bien en algunos casos se produce cuando la sociedad responde a los intereses de un grupo minoritario

que ejerce el poder. La exclusión social se basa especialmente en aquella que experimentan quienes la sociedad o el grupo moral marginan, porque estos presentan una actitud que el grupo o la sociedad considera desviada, e incompatible con sus ideales de sociedad.

La exclusión es una situación de desventaja social, económica, profesional, legal o política, producida por la dificultad que una persona o grupo tiene para integrarse a algunos de los sistemas de funcionamiento social. Es el proceso en el que una sociedad rechaza a determinados individuos y le puede inducir a automarginarse.

La exclusión social puede abarcar a prostitutas y prostitutos, drogadictos, alcohólicos y delincuentes. También existen otros rostros de la exclusión cuya exclusión no tiene una conexión muy estrecha con su conducta sino con fisonomía, edad, género, condición económica y étnica.

También existe la exclusión por indiferencia que incluye a los ancianos, minusválidos, subnormales (dementes) e inválidos. El rechazo de la sociedad se debe a la condición física o mental de éstos, y se les agrega calificativos de improductivos e incapaces de aportar su fuerza de trabajo.

Los efectos de la exclusión social tienen repercusiones de tipo cultural, social, educacional, laboral, económicas, entre otras. La privación o dificultad para la satisfacción de ciertas necesidades secundarias e incluso algunas de las necesidades básicas (carencia de servicios como agua potable, desagüe y electricidad), es una característica común en todos los grados y tipos de exclusión. La pobreza puede ser un estado de exclusión y viceversa, aunque el hecho de que exista una, no necesariamente implica que exista la otra.

La exclusión social es una fractura que se produce en nuestras sociedades donde unos están amenazados por la vulnerabilidad de sus tejidos relacionales y por la precariedad de sus dinamismos vitales.

3. Acercamiento psicológico a las personas excluidas

Exclusión se asocia con condiciones, sean colectivas o individuales, de marginación, invisibilización, intolerancia, odio al distinto, desprecio a la dignidad, rechazo a la otra persona, de eliminarle, apartarle de beneficios, de negar el valor que le es propio, de desecharle, discriminarle, dominarle, ultrajarle el honor, degradarle, someterle, avergonzarle, doblegarle, subordinarle, sojuzgarle y humillarle, hasta

matarle, entre infinitas formas que expresan total falta de consideración a la dignidad de los demás.

Las consecuencias patológicas derivadas de la incapacidad de vincularse no son fenómenos aislados del análisis macro social, político o económico, siendo un fenómeno de características complejas cuya génesis se encuentra en los mecanismos más profundos y particulares de la naturaleza humana que obliga explorarlo desde esta perspectiva. Es por esta razón que deben estudiarse algunas de las situaciones más particulares de los individuos que la favorecen o la absorben.

La exclusión puede también producirse por un vínculo defectuoso entre las personas. Una persona violentada en su dignidad, truncada en sus aspiraciones y excluida de las relaciones sociales deforma su persona y entorno. Solamente una equilibrada correspondencia en las relaciones interpersonales produce seres socialmente integrados. Según los psicoanalistas Berenstein y Puget un sujeto define su pertenencia cuando adquiere un nivel de familiaridad con sus semejantes. Esto tiene como punto de partida los usos y costumbres, los hábitos compartidos, así como los ritos sociales. Compartir hace posible la incorporación de los otros y ayuda a la sociedad y a las personas a organizar su identidad (1999,38-39).

Por el contrario, "la exclusión son procesos que conducen a los individuos, grupos o comunidades a sentir que no pertenecen o forman parte del resto de la sociedad" (Zayas, 1999). Ninguna persona, por mayor que sea su ostracismo desea sentirse despreciada e irrespetada por los demás. Para Guerrero hay tres vectores fundamentales que configuran a la persona humana:

> LO QUE HACEMOS, LO QUE SOMOS Y CON QUIEN NOS RELACIONAMOS (sic); es decir la actividad, la identidad y los vínculos. La persona está integrada (es humana) en la medida en que despliega estos tres aspectos. Pero en la medida en que no lo logra, se deshumaniza y se des-integra, por eso decimos que lleva una vida infrahumana o está excluida, los excluidos son la imagen palpable de una vida truncada. Simplificando, podemos decir que el excluido no tiene nada que hacer, no es nadie, no tiene a nadie (Guerrero 2003, 42).

Ante las circunstancias de exclusión conviene preguntarse sobre lo que mueve a las personas a adquirir conductas contrarias a las normas socialmente aceptadas, o las razones que mueven a las personas a actuar con desconsideración hacia los demás. ¿Dónde están los orígenes de tales conductas? y ¿Cuáles son las normas que esa sociedad impone a los demás? ¿Quién es amenaza de quién?

La exclusión con todos sus mecanismos, es con seguridad el origen de múltiples conflictos que afectan a la sociedad en su conjunto. La persona excluida cuando recibe el impacto de uno o varios elementos excluyentes, seguramente restringe su creatividad y el desarrollo de muchas capacidades latentes, además entre las múltiples consecuencias está la canalización negativa de los sentimientos reprimidos, producto de las múltiples agresiones que ha sido objeto. El sometimiento y la humillación a pesar que aniquilan fuerzas vitales en los individuos, nunca permanecen sin canalizarse, tarde o temprano terminan por reclamar lo agraviado. En la mayoría de las veces son unos terceros más débiles quienes terminan por sufrir el impacto negativo.

En muchos espacios humanos, incluso en los de menor poder puede haber quien tenga mando sobre otros. Siempre hay hijos, esposas, o perros a quien mandar; o bien gente indefensa como los presos de las cárceles o los pacientes de los hospitales, si no son acomodados (sobre todo los enfermos mentales), los alumnos de las escuelas entre muchos (Fromm 1980, 291). Aparte de todas estas situaciones, las minorías religiosas y raciales en desventaja económica y política son altamente vulnerables, ellos ofrecen una ingente oportunidad de satisfacer egos reprimidos.

La exclusión se nutre de la intolerancia, de ver al otro como el infractor de lo que una sociedad, grupo o persona han estipulado como su estilo normativo. La exclusión es inseparable de la intolerancia, la cual vista desde el ámbito psicológico se entiende como el estado en el que el estilo de vida o forma de pensar de un individuo o grupo social no tienen ningún valor o son rechazadas radicalmente.

La exclusión termina en un círculo vicioso pues los sujetos excluyentes acaban igualmente sufriendo los efectos negativos de lo que propician, lo ejemplifican los secuestros, extorsiones y otras formas de violencia que afectan a sectores que ostentan el poder.

Con certeza en muchos casos las frustraciones de la exclusión terminan por transformarse en verdaderas situaciones de riesgo social como la violencia doméstica, pandillerismo, alcoholismo, drogas y delincuencia generalizada.

Ésta investigación se orienta fundamentalmente a explorar los elementos básicos de la exclusión, sin embargo, no podría hacerse un razonamiento objetivo si no comprendemos por igual a la fuente que los crea. Referirse a los excluidos lleva implícitamente la necesidad de conocer los elementos y características de las personas o los espacios de quienes se deriva la exclusión, por ello se dedicará un espacio de éste trabajo para analizarlos.

4. Acercamiento psicológico a los sujetos excluyentes

Al referirnos a los sujetos y los espacios que crean exclusión y agresividad, podríamos a priori asociarlo únicamente a las acciones de aquellos sujetos con poder o ambientes puramente mercantilizados o de corte legal y militar que en apariencia son fríos e inhumanos, y por la percepción de estas imágenes lo consideramos normal. También se tiene la tendencia a creer que las personas con genio agrio son inequívocamente agresoras, y que en aquellos de apariencia afable no cabe ninguna intención cruel. Esta es una idea errada, pues los sujetos agresores igualmente son sujetos carentes de poder; las cárceles son ejemplo elocuente de la existencia de personas, que a pesar de encontrarse en una situación de desventaja se convierten en agresores. En la práctica concreta no es veraz que los ambientes domésticos y aparentemente integrales no sean espacios de exclusión, como también instituciones educativas, la iglesia y similares pueden ser igualmente espacios degradantes para la dignidad humana.

Viktor Frankl, en el relato de su confinamiento en Auschwitz (1979,109), relata cómo aquellos presos que estaban en las peores condiciones de miseria y en el filo de la muerte en el campo de concentración, se convertían en monstruos, similares a los soldados alemanes; contrariamente, algunos de los verdugos de cruel apariencia respondían con inaudita sensibilidad al trato afectivo o desistían de cometer actos brutales. Por tanto, las zancadillas, el odio, la discriminación y la falta de solidaridad se producen igualmente en el ambiente de los miserables.

Generalmente las personas excluyentes son individuos instituidos en el poder abusivo, y muestran rasgos predecibles. Tienden a debilitar la independencia, la integridad, la facultad de crítica y la fecundidad de quienes le están sometidos. “Esto no significa que no los llene de todo tipo de diversiones y estimulaciones, pero sólo de las que restringen el desarrollo de la personalidad, no las que lo favorecen” (Fromm 1980, 299). Continúa afirmando: “en general la agresividad es malévola. El poder ya sea total o parcial sobre otro ser significa menoscabarlo, ahogarlo, malograrlo” (291).

Sobre el origen de la agresión humana como condición innata es negada por Fromm, porque se vuelve una ideología que nos lleva fácilmente aceptar el instintivismo como un destino fatal (1980193).

Lewontin y Kamin reafirman esta posición cuando exponen:

> El gran atractivo del determinismo biológico se debe precisamente a que es exculpatorio. Si los hombres dominan a las mujeres es porque deben hacerlo. Si los empresarios explotan a los obreros es porque la evolución ha desarrollado en nosotros los genes para la actividad empresarial. Si nos matamos en la guerra, es por la fuerza de nuestros genes para la territorialidad, la xenofobia, el tribalismo y la agresión. Una teoría como esta se puede convertir en una arma poderosa en manos de ideólogos que defienden una organización beligerante. También sirve, en el orden personal, para justificar actos individuales opresivos y para proteger al opresor contra las exigencias de los oprimidos (Lewontin 1991, 287).

El carácter agresivo que genera la exclusión no debe comprenderse solamente sobre la base de factores biológicos y constitucionales o sus antecedentes familiares, sino también dentro de un sistema social cuyo espíritu permite actuar con esas características:

> El estudio de la agresividad se presenta de nuevo como el problema estrictamente humano que siempre ha sido, es decir, como un momento fundamental de la vida histórica cuyo manejo depende de la actuación del hombre y no de derivaciones estrictamente biológicas ajenas a su arbitrio, y a las que el comportamiento humano sea irreductible (Herra 1984, 40).

La inclinación a la destructividad o el deseo de someter y aniquilar a otros puede buscarse en otras situaciones propias de cada individuo, por eso se afirma que su origen está en:

> Graves frustraciones orales y otros daños psíquicos localizados en los demás sectores pulsionales a lo largo de una prolongada historia vital, pueden conducir al ser humano a desmanes parecidos. La codicia patológica, tiene sus cimientos en la sensación irreal de haber recibido demasiado poco; esta sensación, a su vez, podría tener sus raíces en frustraciones más antiguas… (Meves 1979, 100).

Esta autora termina reafirmando:

> El campo propiamente de la agresividad enfermiza hay que buscarlo con toda certeza en los traumas psíquicos infantiles sufridos por la voluntad de autoafirmación. Un permanente empleo de la violencia durante la primera infancia genera la actitud, patente o taimada de la violencia en la edad adulta de aquellos que han sido educados de ese modo (Meves 1979, 102).

Conviene desentrañar algunas características que se consideran generalizadas en la conducta humana, aunque no significan un determinismo por la complejidad de la naturaleza humana, el común de todos puede catalogarse de la manera siguiente:

> En términos generales, los humanos son considerados como unos animales egoístas, capaces de autoengrandecimiento cuya organización social, incluso bajos sus aspecto de cooperatividad, es una secuencia de la selección natural de los rasgos que maximizan la capacidad reproductora. En particular los humanos se caracterizan por su territorialidad, tribalismo, adoctrinabilidad, fe ciega, xenofobia y una variedad de manifestaciones de agresividad (Lewontin 1991, 299)

Rafael Herra, citando a unos escritores de la universidad de Yale, dice que éstos consideran que "la conducta agresiva se sigue de una reacción a fenómenos externos que inhiben la realización de mis proyectos" (1984, 32). Para este autor sí puede mantenerse la hipótesis de que el medio ambiente da ciertas condiciones a la producción de la violencia, pero no todas las condiciones, porque el sujeto humano no reacciona jamás automáticamente a las determinaciones del medio ni a lo que se deriva de éstas. Las posibilidades de actuar son infinitas y dependen, entre otras variables, de cómo se ha constituido la vida anterior de cada sujeto, de manera que el hombre (sic) inventa el futuro (1984, 37).

En cuanto a las condiciones externas que generan el carácter agresivo, Herra afirma que no sólo el medio familiar, la clase social, la inserción laboral, la formación misma de la familia en el contexto social y productivo, el universo ideológico, emocional y cultural, tienen un valor de referencia primaria en la teoría del carácter o en otras teorías que intentan explicar el origen aprendido de la destructividad; también se agrega a estas consideraciones un factor decisivo y de naturaleza primaria: las exigencias de la propiedad y de la apropiación del medio externo tienden a estimular el despliegue de las conductas agresivas (Herra 1984, 52).

Para Fromm "la agresividad animal y humana tiene por misión la defensa frente a las amenazas a los intereses vitales" (1980,191), por ello la historia del ser humano es una crónica de destructividad y crueldad que la aceleran o la desencadenan condiciones de hacinamiento, aunque ese carácter destructivo puede también existir en ocasiones donde no haya esa condición. Para el autor muchas veces el ser humano parece sentir gusto en aniquilar a un ser vivo sin más razón ni objeto que destruirlo; esa destructividad va más allá del fin de defenderse o de obtener lo que necesita. La actitud agresiva del humano se considera benigna cuando su función es una respuesta ante las amenazas a los intereses vitales. En el otro extremo, la agresión maligna no es instintiva sino un potencial humano de características de comportamiento aprendido que puede ser reversible (1980,193).

La exclusión, que es una forma de agresión social, puede ser de diferentes intensidades, desde las más encubiertas hasta las más cínicas. Para Fromm existen al menos cinco niveles o tipos de agresividad, diferenciadas por su intensidad y motivaciones inconcientes. Este psicoanalista describe sus niveles y efectos:

La forma de agresividad más normal y no patológica es la *violencia juguetona* o *lúdica.* Estas son aquellas formas en que la violencia se ejercita para ostentar destreza, no para destruir, ni es motivada por odio ni impulso destructor, un ejemplo de ello son los juegos rituales de diferentes tribus.

La segunda es la *violencia reactiva,* aquella que se emplea en la defensa de la vida, de la libertad, de la dignidad, de la propiedad ya sean las propias o las de otro. Tiene sus raíces en el miedo, el cual puede ser real, imaginario, conciente o inconciente. Este tipo de violencia es la más frecuente y está al servicio de la vida y no de la muerte; su finalidad es la conservación, no la destrucción. En cierto grado no es irracional sino hasta cierto punto el resultado del cálculo racional; por ello implica cierta proporcionalidad entre medios y fines. El origen de esta conducta está asociado al instinto de sobrevivencia, o como mecanismo de defensa ante el temor de perder los espacios logrados con alto sacrificio, igualmente como rechazo instintivo al recuerdo doloroso de los traumas del pasado. En todo agresor existe el pánico de verse descubierto en sus debilidades y frustraciones, la manera más expedita es enmascarándolo con agresividad.

La tercera es la *violencia vengativa.* Es contraria a la reactiva, pues la vengativa tiene la función irracional de hacer daño, esto resulta de la pérdida de fe en quienes ha guardado confianza y por tal razón el desengañado se siente profundamente desilusionado, siente la vida odiosa y por ello desea demostrar que la vida es mala, que los demás y él son malos (1986, 20-32). La persona agresiva en este nivel sólo puede *amar* cuando manda, cuando tiene poder sobre el *objeto* de su amor. Sin embargo, éste, cuando las condiciones que se le presentan toman otras características a las esperadas reacciona de manera aun más violenta. Quienes asumen esta forma de agresividad poseen un intenso deseo de mandar, de herir y de humillar a otra persona. “el fondo común es la pasión de tener poder absoluto e irrestricto sobre un ser vivo ya sea animal, niño, hombre o mujer” (1980, 290).

Una cuarta forma de agresividad es la *compensadora.* Es la producida por aquellos que se sienten impotentes para crear. Esto lo compensa destruyendo, pues así trasciende como criatura, va aparejada al impulso de tener control absoluto sobre un ser

vivo. Esta actitud llega a convertirse en sadismo… (28). Otro elemento del síndrome es la sumisión y cobardía del sádico. Puede parecer una contradicción que el sádico sea sumiso pero no lo es… dinámicamente hablando, es necesario que así sea. Es sádico porque se siente impotente, sin vida ni poder. Compensa este defecto teniendo poder sobre otro, transformando en un dios el gusano que él siente ser (sic). Pero incluso el agresor sádico con poder sufre su impotencia humana. Podrá matar y torturar, pero no deja de ser por eso, una persona sin amor, aislada y asustada que necesita un poder superior al que someterse (1986, 293).

Una quinta y más perversa forma de agresividad es la violencia denominada *sed de sangre*. No es la violencia del impotente, sino la pasión de matar como manera de trascender la vida, haciéndose como un animal y librándose así de la carga de la razón, la sangre es la esencia de la vida, verter sangre es sentirse vivir, ser fuerte, ser único, estar por encima de todos los demás (1980, 31).

Para quien hace del vínculo una patología, cree que todo cuanto vive puede ser controlado, los seres vivos se convierten en cosas, o más exactamente, aun los seres vivos se transforman en objetos de control vivos temblorosos. Al dominado se le controla y se le impone las respuestas y estilo de vida. El agresor quiere convertirse en amo de la vida, y de ahí que en su victima deba conservarse la vida, sólo en función del despliegue de su poder.

Las características analizadas en las personas agresivas nos llevan a conocer las raíces psicológicas en las que se asienta tal fenómeno de la agresividad. En conclusión podemos afirmar de manera general y simple, que la exclusión es la actitud de desvalorizar o extinguir parcial o completamente la vida de quienes no son “como yo”. En los excluidos esta actitud crea una sensación de incapacidad general ante la vida, de resentimiento, hostilidades y un enfado general que merma su calidad de vida y la de los suyos.

Ante las consecuencias humanas de la exclusión es conveniente indagar el papel que la comunidad de fe puede desempeñar.

C. Perspectiva tradicional de la iglesia frente al tema de la exclusión

La misión integral de la iglesia tiene como referencia fundamental de su acción la vida del ser humano. Ante esto se corre el peligro de valorar a los miembros y la gente en general a partir de su tradición, normas, doctrina o interpretar su misión en el otro extremo del péndulo, a partir de principios teóricos, y no de la vida misma.

Si la iglesia adopta como misión y centro de acción sus normas o doctrinas, por muy valiosas que éstas sean, y no tanto en el valor del ser humano, se verá afectada como comunidad sanadora, porque no asume al ser humano concreto en su contexto y momento histórico particulares. La desvalorización de la persona aniquila la esperanza y hace que la pastoral sea ideológica y por lo tanto mediocre. Debe tenerse presente que el Evangelio trata a las personas como seres únicos, insustituibles e irrepetibles, como a imagen de Dios.

Para David Johnson, muchas veces las personas, además de sufrir en sus hogares abuso sexual o maltratos físicos y psicológicos, reciben en la iglesia abuso espiritual. Allí se les juzga como *indisciplinados y de mala voluntad,* por lo cual se les prescribe leer más la Biblia, orar más, y realizar agotadores sacrificios financieros. Por esta razón el mensaje que está para dar vida se pervierte hasta convertirse en triturador de ella. Las personas pierden por completo la noción de la gracia y la iglesia, entonces, deja de ser un lugar seguro (1995, 9 -13).

Para este mismo autor muchas actitudes de ciertos líderes religiosos que parecen piadosas no son más que un legalismo fariseo, similares a las del tiempo de Jesús, porque cuando las heridas son sanadas, paradójicamente estos religiosos se perturban. Esto tiene un nombre y se llama "abuso espiritual" y es un control espiritual, al que casi siempre acompaña el abuso emocional. Como resultado las personas quedan heridas e incapaces de relacionarse bien con Dios (14).

En tales estructuras, la rigidez eclesial no permite la comunicación abierta de los problemas, ni la compenetración interpersonal entre los miembros, sino más bien el aislamiento y las funciones basadas en hábitos y rutinas (Polischuk 1994, 221).

> Hay pastores que pecan de buena fe. Estos son los que creen conscientemente que están sirviendo a Dios y que son pastores del rebaño. Sin embargo por causas de diferencias en su salud mental y/o espiritual actúan como verdaderos lobos devorando a las ovejas. No se dan cuenta de que, utilizando textos bíblicos mal interpretados, pueden dañar la obra de Dios (León 2006, 133).

En relación a esta problemática actual, Irene Foulkes desarrolla un trabajo exegético de la Primera Epístola a los Corintios, donde analiza con detalle a la iglesia de Corinto y su situación de marginalidad, entre otros males de tal congregación. Esta biblista con este ejemplo nos recuerda la de nuestro tiempo.

> En algo la sociedad de nuestro tiempo se parece a aquella de Corinto. Fomenta el egoísmo y defiende la estratificación social; nos induce a pensar que la persona que triunfa sobre los demás merece elogios. La mayoría de los cristianos tenemos que confesarnos carnales, pues somos carnales cuando aceptamos esas normas sin cuestionarlas, basadas en los valores que Dios comunicó en la persona de Jesucristo. Estos valores contradicen los criterios que predominan en la gente y la sociedad, como el egoísmo, el arribismo, la manipulación de otros para nuestro propio bien y la explotación sistemática de los más débiles (Foulkes 1996, 109).

La iglesia siempre se ha considerado uno de los espacios más idóneos para privilegiar la vida, el lugar considerado apropiado en donde deben manifestarse y forjarse las mejores muestras de bondad humana y los sentimientos más fraternos, reunidos en la llamada hospitalidad. Ese ha sido el ideal entendido y es también el mandato bíblico, para una iglesia Cristocéntrica, pero no siempre coincide con la realidad, en algunas de ellas hay pocas expectativas para muchos, o bien se convierten en el espacio que trunca más personalidades que cualquier otra. Al no desarrollar formas estimulantes para la vida puede convertirse en alienante, provocante de dolor y enojo, un espacio lleno de contradicciones y opresión, incluso en desprecio y hostilidades. Para quienes no están alineados a moldes nada o poco edificantes, la iglesia termina por ser un mal lugar, un espacio vacuo, anacrónico y sin vida.

En el mismo orden, las conductas consideradas anormales son generalmente el resultado de la marginación o la intolerancia que una sociedad, quizá mayormente enferma, se encarga de propiciar o de hacerle creer que efectivamente se es disfuncional, para luego infligir el castigo que considera adecuado, o en todo caso, desentenderse de los sujetos señalados:

> Una comunidad "gadarena" es aquella que tiene a sus miembros más débiles viviendo entre sepulcros". Los sufrimientos humanos originados por la Sociedad Industrial radican en el aislamiento social, en virtud del cual se difunde la "muerte social", la ruptura de las relaciones que no puede ser superada a base de ayudas y prestaciones de carácter suplementario, sino únicamente mediante una nueva comunidad. Sólo el establecimiento de una comunidad de vida entre impedidos y no impedidos, entre enfermos y sanos entre jóvenes y ancianos, entre hombres y mujeres, podrá hacer que se supere el aislamiento social de la actual sociedad segregadora, porque con esa comunidad de vida no sólo se curan los síntomas, sino que se ataca el mal en su misma raíz (Ulloa 1984, 48).

Si bien es cierto que algunos enfrentan estas actitudes con cualidades resilientes, es decir, con energía y fortaleza propia, los otros se van convirtiendo en

clientes, hundidos en la rutina, sin aportar creativamente sus dones, como si fueran vidas vegetativas al interior de la comunidad de fe.

Letty Russell hace un análisis de lo femenino en la iglesia y concluye que es uno de los sectores excluidos, lo cual se tomará como válido para otros segmentos que conforman la iglesia y que sufren similar exclusión en sus intentos por participar de una comunidad de fe. Esta autora expone que “la iglesia debe ser considerada como un adelanto o un signo de la casa escatológica” (Russell 2004,13). En este espacio es donde debe fluir la esperanza, debe ser uno de los jardines de la vida e igualmente reconocer las realidades humanas, aunque sean negativas, con honestidad y pragmatismo, y así enfrentarlas y acompañarlas con mejor suceso.

Según esta autora, existen varias perspectivas tradicionales de exclusión que la iglesia ha desarrollado. Por ejemplo, el racismo blanco, constituido en estructura opresora que se apoya en una jerarquía de dominación patriarcal, fundada en orientación sexual, clase social, nacionalidad, edad o capacidades físicas. Las estructuras sociales que sostienen este imaginario incluyen la distribución injusta del poder político y el acceso inadecuado a los recursos financieros.

Algunas comunidades de fe tradicionalmente muestran una imagen de perfección de sus integrantes, caracterizada por la idea de homogeneidad de principios, costumbres, estilos de vida, e intereses personales, y aunque se repite el versículo clásico de que “los enfermos son los que necesitan ir al médico”, la mayoría de los líderes aspiran a tener como integrantes de su comunidad de fe a una corte de seres angelicales, dóciles y amoldados a una dirección que lo determina y dirige todo.

En tales comunidades no hay cabida para *lo distinto*. Les es difícil entender que cada ser humano es una particularidad viviente, es una historia que no tiene copias exactas, una experiencia ineditable en su condición de criatura de Dios.

Al respecto Russel expresa:

> La diversidad tiene que ver con diferencia. La diversidad no es una simple consigna ecuménica, a menudo puesta en entredicho por nuestras prácticamente homogéneas comunidades eclesiales. Ella representa una descripción de las diferencias entre razas, culturas, géneros, orientaciones sexuales, edades, habilidades, posición económica y política y muchas otras más que forman parte del mundo en que vivimos. Muchas diferencias son fruto de la creación, don de Dios, y agregan belleza y alegría a este mundo. Sin embargo, la connotación de diferencia parece estar en relación con personas o grupos que no son como nosotros y nosotras porque amenazan y trastocan nuestro estilo de vida y nuestra comunidad particular (2004, 288).

Un liderazgo o una comunidad sancionadora y autoritaria puede en algunos casos, de manera conciente o deliberada, apartar de manera silenciosa, a personas con enfermedades de alcoholismo, drogadicción o algún tipo de adicción y que buscan una comunidad de fe con el fin de ser sanados y de cambiar sus adicciones a través de una actividad que les haga superar su problema; sin embargo un liderazgo con tales actitudes no lo permite. El desconocimiento de la fisiología y psicología humana, por parte de los líderes religiosos, obliga a éstos a creer que con una fuerte oración dejarán repentinamente su adicción, y por lo tanto se les ordena a esperar su sanación para ser integrantes activos en alguna actividad eclesial.

Obligar a los miembros con diferente orientación sexual a abandonar lo que ellos consideran una desviación aberrante, es desconocer la existencia de diferentes orientaciones sexuales.

En las personas pobres la exclusión puede producir la sensación de insignificancia, cuando por su pobreza ven que en los actos litúrgicos o similares, únicamente son consideradas, preferiblemente, aquellas personas que poseen una posición económica de mejor nivel, como una manera de exaltarles y premiarles por sus aportes económicos o materiales.

Las personas ancianas se suman al grupo de personas excluidas cuando teniendo muchas capacidades, por su edad se les excluye en actividades importantes y se asignan para actividades secundarias que las invisibilizan. Esta actitud excluyente hace que en éstas prevalezca la sensación de una vida apagada y carga pesada.

La comunidad de fe es altamente excluyente cuando a las personas de marcada fisonomía indígena, racial o de una determinada nacionalidad se les considera únicamente como asistentes pasivos y espectadores de lo que un grupo minoritario y elitista hace. Es degradante para aquellas personas que tienen impedimentos físicos, y a quienes a pesar de sus capacidades se les ignora o se les asigna un lugar poco visible, para no ser el centro de las miradas curiosas o para no desentonar la estética perfeccionista.

Otro hecho de exclusión generado en la comunidad de fe se verifica cuando se transmite la percepción de transgresores y culpables a las parejas que viven en *unión libre* a éstas se les limita a escuchar expresiones condenatorias por su situación y que por tales circunstancias se automarginan hasta perder el vínculo con el grupo.

En el contexto latinoamericano, por sus condiciones de pobreza, el poder es visto como espacio que defender con todos los mecanismos, independientemente si

para ello se aniquila a las demás personas. Además del pánico que produce la perdida del poder y el protagonismo, muchas actitudes nada edificantes, provenientes de los líderes tienen su origen en el rechazo inconciente de ver en el otro un reflejo de sus iguales debilidades, clara manifestación de un mecanismo defensivo para no ser descubiertos, o son una autoincriminación de sus fallas que silenciosa y amargamente en ellos está ocurriendo.

> El asunto en el fondo tiene que ver en cómo reaccionamos ante el “otro”, es decir, el que no es como yo y mi gente, el que no piensa como nosotros, el que se comporta en forma distinta a la nuestra. Ha sido común en la historia humana que el reconocimiento de la alteridad desemboque en un enfrentamiento en que un sujeto percibe al “otro” como una amenaza para su propia manera de ser, y por ende un enemigo que debe ser dominado o eliminado (Foulkes 1996, 350).

En algunos casos, en las iglesias que se asientan en una ortodoxia moral, la exclusión tiene su fermento en lideres autoritarios que se sienten amenazados y ofendidos por cualquier opinión contraria, sea de adentro o fuera del grupo; se desalienta a los miembros de hacer preguntas profundas. La regla es no hacer preguntas y no hacer problemas.

Los líderes objetivos aceptan con madurez las preguntas difíciles, en tanto que en una iglesia intolerante el desacuerdo con el pastor es considerado deslealtad y virtualmente igualado a la desobediencia a Dios. Si hay personas que cuestionan, son rotuladas como rebeldes, insubordinadas y disruptivas de la armonía del cuerpo, el resultado es un silencio impuesto. La única forma de tener éxito es estar de acuerdo con ideologías ajenas, apoyar a los líderes y menospreciar a los que no están de acuerdo. Bajo estas circunstancias se conforma un sector de la comunidad de fe que se mantendrá en el anonimato o excluidas de aportar sus talentos al desarrollo de la comunidad de fe, pero no por propia disposición sino por la sentencia de un grupo dominante.

Otro elemento que profundiza la exclusión es cuando en una comunidad de fe o en otras instancias se vive tras un ideal de perfección. Las personas obsesivo-compulsivas pretenden negar las realidades humanas, por ello viven intentando un grado de perfección absoluta, que los líderes nunca alcanzan, pero que obligan a otros a buscarlo. Estos se frustran cuando la realidad los sacude de su ilusión o percepción. De ahí que en quienes no logran esos ideales se suscitan sentimientos de culpabilidad, vergüenza y fracaso, sentimientos negativos que se profundizan en la medida que esas

contradicciones internas aumentan. Para éstos la libertad les parece un terrible riesgo, prefieren la esclavitud y muchas normas para tratar de conseguir seguridad. Tales personas carecen de espontaneidad, de diferenciación y de seguridad que concluye con una vida frustrada y vegetativa.

En las comunidades de fe excluyentes la unión se define como conformidad y uniformidad. Sus líderes evalúan todas las formas de espiritualidad cristiana de acuerdo con su propio sistema prescrito. Suelen ser narcisistas y están tan convencidos que su labor es hecha para Dios, al grado que las heridas que causan a sus seguidores les pasan desapercibidas.

En las comunidades de fe excluyentes la unión se define como conformidad y uniformidad. Sus líderes evalúan todas las formas de espiritualidad cristiana de acuerdo con su propio sistema prescrito. Suelen ser narcisistas y están tan convencidos que su labor es hecha para Dios, al grado que las heridas que causan a sus seguidores les pasan desapercibidas.

La exclusión en la iglesia se nutre de prejuicios y escrúpulos religiosos, los cuales se transforman en barreras insalvables que coartan el espíritu fraterno de inclusión. Por tal razón, Foulkes vuelve a manifestar que:

> El problema más conocido hoy es que *los escrupulosos* se imponen sobre los demás, dictando códigos de conducta que resultan ser una camisa de fuerza que coarta la sana y necesaria libertad cristiana y convierten al evangelio de la gracia en legalismo (1996, 234).

Para Foulkes por esta razón los cristianos de criterio más amplio deben respetar la conciencia de los otros creyentes, además hacerlo con tal dosis de amor que esta solidaridad permita a ambos explorar juntos todo asunto discrepante y edificarse mutuamente.

No se trata de ignorar o ser permisivo ante verdaderas patologías, como la violencia doméstica, el robo, la maldad y otras injusticias; se trata de concienciar que la iglesia no debe usar la represión para obtener un fin. Probablemente las personas al sentirse sancionadas en todos sus actos, lejos de sentir preocupación por dejar ese modo de vida, tendrán una sensación de no pertenencia y rechazo a esa comunidad.

La iglesia adquiere el carácter de excluyente cuando vive inmersa en una religiosidad superficial, y el mensaje sincero de Jesús es tergiversado, sirviendo de pretexto para instaurar una moral destructiva. Para una comunidad de fe la exclusión debe convertirse en una preocupación, porque tal fenómeno restringe el desarrollo

pleno de las personas. Este, entre muchos debe ser la principal tarea que la motive, pues no puede omitir la responsabilidad para la cual ha sido llamada:

> El excluido encuentra aceptación con Dios y solidaridad por parte de una nueva comunidad de hermanos. Dios propone que ahí se desmargine mental y socialmente, se integre en lo personal y comunitario. Cuando los excluidos participan plenamente, dotados e impulsados por el Espíritu, Dios muestra por medio de la iglesia su voluntad de que se deshaga todo esquema de valores que deshumaniza a las personas y obstaculiza el acceso a él como el Dios que se ha puesto del lado de “los que no son nada” nadie puede jactarse ante este Dios; solamente puede disponerse a servirlo con esa misma solidaridad con los débiles. (Foulkes 1996, 90).

Se puede concluir este capítulo, reconociendo que siempre hay nuevos elementos que profundizan y hacen más doloroso el drama de quienes no gozan los beneficios de una sociedad equitativa. Por un lado existe una cultura que se vuelve patológica cuando sólo se propone defender intereses y ambiciones particulares y que por ello pierde su sentido humanístico en la medida que se vuelve intolerante, que no respeta ni ve la condición humana de los demás. Por esta razón se propone en el siguiente capítulo, tener un acercamiento panorámico al problema de la exclusión, desde la perspectiva de la fe.

Capítulo II

Acercamiento bíblico y teológico al tema de la exclusión

La Biblia recoge fielmente el drama de la relación humana. Ella es abundante en ejemplos sobre el trato a las demás personas, contacto humano que repetidamente fue marcado por lo trágico y doloroso, causado por los que absurdamente creyeron ser dueños de la verdad y destinatarios únicos de la gracia de Dios.

En el Antiguo Testamento se distingue la lucha obstinada de la mayoría de los profetas. Estos entendieron que el amor divino se prodiga para todos y no con preferencias para élites o grupos que se atribuían por sí mismos el amor de Dios. En los evangelios la misión de Jesús toma forma en contra de diversas manifestaciones de injusticia que se traducían en exclusión. El resto del Nuevo Testamento relata explícitamente la tensión entre formas de exclusión e inclusión, visible por asuntos raciales, de religión, cultura, status económico, político y de otra índole. Éste capítulo se interesa en esa trayectoria bíblica para intentar un análisis teológico. Por ello se considerarán algunos ejemplos para encontrar lineamientos que nos ayuden a superar la problemática en la práctica pastoral de nuestros tiempos.

A. El excluido desde la perspectiva bíblica

La Escritura judeo cristiana es una fuente de información concerniente a la temática que se viene desarrollando en esta investigación. Sus páginas muestran diversas facetas, desde la exclusión más radical (Nehemías) hasta los reclamos proféticos de amar al prójimo, independientemente de su condición de extranjero o practicante de otra religión.

A continuación se presenta un panorama de los escritos veterotestamentarios, como muestra de las diversas actitudes que tuvo Israel hacia los que no eran del mismo pueblo.

1. En el Antiguo Testamento

Desde tiempos remotos la problemática de la exclusión y la intolerancia hacia los demás ha sido muy compleja de resolver para los israelitas, especialmente en lo referido a raza y religión. La exclusión se extendió a personas por razones físicas, como

por ejemplo enfermedades congénitas, y por otras situaciones diversas. Tales personas no podían participar de la vida cultual en el Templo. Su *defecto físico* les impedía tener comunión plena con Dios. En esto la religión judía era muy estricta, como Levítico 15 y Deuteronomio 23 lo muestran claramente.

Los judíos consideraban inaceptable recibir a quienes eran de otra etnia o fe, pero también aparecen historias en la que se superan estos prejuicios, como en el libro de Rut. En este relato la nación israelita se constituye en lugar de acogida para quienes eran extranjeros, en este caso *una mujer extranjera*, que lo hace más extraordinario, considerando el poco valor social que éstas tenían.

> Algunos textos del Antiguo Testamento muestran un fuerte rechazo a los extranjeros. Estos prejuicios surgen tras la destrucción de Jerusalén por los babilonios en el 587 a.C. cuando Israel se percibe amenazado por todo y por todos. Pero esta política de *separación* que se intenta promover durante este período, es más un ideal en ciertos sectores de la comunidad, que una realidad (Ramírez 2004, 65).

Según este autor, hay una dialéctica entre exclusión e inclusión. De fondo existen otras razones más profundas que la simple idea de rechazar por mandato o por el sólo celo religioso.

A pesar de lo complejo del tema, ya que la ley judía establece normativas rígidas, el libro de Rut es un ejemplo a considerar contra toda exclusión. Se recordará que la ley prohibía a una persona moabita entrar a la congregación de Israel. Un versículo de esta ley ilustra este asunto: "Los amonitas y los moabitas no serán nunca admitidos en la congregación del Señor, ni aún después de la décima generación" (Dt. 23:3). La razón aparentemente de tal prohibición estaba basada en que tales pueblos no apoyaron a Israel en el momento más crítico de éste, cuando andaban errantes en el desierto.

Pero se da la situación en que Noemí y su nuera Rut rompen tal normativa y se afincan en Belén. Luego se constituyen en parte fundamental de los planes divinos, cuando Rut es madre de un hijo que fue un antepasado directo del rey David, por ende de Jesucristo. Este fue un caso de exclusión que terminó en inclusión, ya que fueron aceptadas, quizá porque las percibieron en extrema necesidad económica. El verso dice "hubo un gran revuelo en el pueblo" (Rut 1:19), seguramente porque una de ellas era una moabita, pero acompañaba a su suegra Noemí, quien era anciana y pobre, pero judía.

Un caso de exclusión, que no logra superar el estigma de rechazo al extranjero, lo presenta el libro de Nehemías. Allí se relata la expulsión de las mujeres extranjeras con la finalidad de *cumplir la ley* y así *purificar al pueblo*:

> Por aquel tiempo se leyó públicamente el libro de Moisés, y en el se halló escrito que los amonitas y moabitas no debían pertenecer jamás al pueblo de Dios… así que, en cuanto oyeron lo que decía la ley, separaron de Israel a todos los que ya se habían mezclado con extranjeros (Neh. 13:1-3).

El relato es de dureza y crueldad con los extranjeros, y lo que es peor, las extranjeras, ya que son ellas a las cuales se les percibe como el elemento de contaminación de la raza judía. En opinión de la biblista Elizabeth Cook hay consideraciones más profundas para la prohibición:

> Detrás de la polémica contra las mujeres extranjeras, encontramos reflejados los temores y las inseguridades de los exiliados, surgidos de la dominación extranjera, la pérdida de la tierra y la amenaza de perder la identidad como pueblo (2004, 127).

Como se ha descrito en el primer capítulo, el método que utiliza la mayoría de los dominantes para justificar sus fracasos y ocultar sus temores es trasladar la culpa a los más débiles; para ello los satanizan y les señalan con toda suerte de fracasos. Cook en un análisis hecho a los Cáp. 9-10 de Esdras, que relata el trato intolerante hacia las mujeres, describe:

> En Esdras, a las mujeres les es asignada una función representativa de la infidelidad, la impureza, el camino hacia la destrucción de la comunidad. Representan lo “extranjero” que llevó a Israel al abandono de Yahvé que fue castigado por el exilio y, más grave aún, representan la amenaza de que vuelva a suceder (2004, 126).

Las mujeres al final de toda la trama que se teje en Nehemías son expulsadas sin consideraciones de ninguna clase.

En otra época, se puede describir también a Jonás, un profeta obstinado e intolerante, en quien se ilustra la lucha entre tolerancia e intolerancia. La ciega convicción de Jonás de que únicamente los judíos eran merecedores de la misericordia de Dios lo impulsa a desobedecer la orden de Jehová de ir a Nínive y decirle al pueblo que se arrepientan de sus malos caminos. Jonás toma un rumbo opuesto a la dirección señalada, para evitar llevar un mensaje de Dios a tales paganos. Su intolerancia lo conduce a la desobediencia y debe pasar por el vientre de un pez por tres días, para

aprender que Dios no desecha a los ninivitas. Sólo después de esta experiencia obedece, y va a Nínive. Cuando Nínive se arrepiente, Jonás se pone furioso, porque él deseaba que la ira de Dios destruyera a esos extranjeros.

> Los textos que abogan por el rechazo, e incluso la exterminación de los pueblos de Canaán, nos revelan la inseguridad de un pueblo carente de poder a nivel político, militar y económico, en un contexto donde los movimientos de los grandes imperios y las naciones vecinas amenaza su permanencia e identidad nacional. Israel define su identidad, su particularidad, en oposición a lo que designa extranjero (Cook 2004, 129).

El corazón de Jonás es una muestra típica de los sentimientos judíos ante los no judíos. La exclusión era la consigna, pero este relato y otros muestran que para la mayoría del mundo profético Israel debía ser espacio para la inclusión.

Podemos aseverar que existió una variada gama de profetas que llaman a Israel a mostrar una actitud de respeto y alteridad a los extranjeros, a obedecer la ley que los obligaba con el mandato: "amen a los extranjeros, porque también ustedes fueron extranjeros en Egipto" (Deut. 10:19). En esto se destaca Jeremías, quien les ordena: "Practiquen en este lugar la justicia y la rectitud, libren del explotador al oprimido, no humillen ni maltraten a los extranjeros, los huérfanos y las viudas. No maten extranjeros en este lugar" (Jer. 22:3).

Otros profetas clamaban por un cambio de actitud hacia los pobres y extranjeros, a quienes constantemente se excluía. Citaban Levítico 19:34 que dice: "Trátenlo como a uno de ustedes; ámenlo, pues es como ustedes". Otras leyes igualmente expresaban ese mismo sentimiento.

Con base en base a los ejemplos estudiados se puede concluir que Israel como nación fue un lugar donde se podía conjugar tanto lo inclusivo como lo excluyente, dependiendo del caso y el tiempo en que ocurrieron los hechos. Afirmamos que la actitud de los profetas era de inclusión. Ellos releían desde una perspectiva de inclusión más humanitaria los pasajes y leyes que promovían la exclusión.

2. Desde la perspectiva de Jesús

Con las debidas excepciones de las comunidades de fe que realizan y propician prácticas inclusivas y sanadoras, igualmente existen otras que lejos de cumplir su verdadero objetivo de anunciar un evangelio de amor, terminan tirando por la borda los principios de alteridad mostrados por Jesús. La misión de muchas de éstas se circunscribe a prácticas religiosas superficiales, totalmente alejadas de la realidad y

mutiladoras de la vida plena para los elementos que la conforman. Una comunidad de fe en tales perspectivas farisaicas sería con plena seguridad blanco de preocupación de Jesús. Por tal razón conviene hacer un esbozo de la persona de Jesús y el objeto de su misión.

Se puede comenzar por su ubicación social. Siguiendo a Echegaray concluimos que la práctica de Jesús, como sujeto histórico, está situada en torno al núcleo social al que pertenece. Esto es entre los excluidos del poder, los privados de bienes y privilegios, los iletrados y los ignorantes sobre todo en materia religiosa: Por eso no es casual la pregunta ¿No es este el hijo del carpintero? (Mt 13:55), dando a entender su origen humilde (1982,145).

Como carpintero era parte del grupo de los artesanos, cosa que sus oyentes más comunes lo entendieron sin vacilaciones. Aunque estas ocupaciones no eran incompatibles con la condición de maestro, "un artesano estaba automáticamente descalificado para interpretar la ley" (Echegaray 1982, 146). Jesús trastoca los moldes convencionales, porque su papel como intérprete de la ley no era común a la clase a la que pertenecía. Tales trabajadores, aunque fueran calificados, se les consideraba de baja extracción social. Los zapateros, carpinteros, albañiles, orfebres, perfumistas, tejedores, sastres, panaderos, carniceros, lavanderos, entre otros no instruidos, no podían interpretar fielmente la ley. Los de la élite sacerdotal consideraban sus dotes de maestro como una sorpresa y una novedad que proyectaba la sociedad para los de su condición social, por lo tanto era mirado con recelo por los representantes del Israel *puro*, quienes superponían además de su pureza legal otras ideas de orden más bien moral, las que justificaban ideológicamente (146-147).

Este mismo autor manifiesta que: al grupo social de pertenencia de Jesús estaba agregada una masa ingente de personas desocupadas, mendigos, enfermos, como también jornaleros sin calificación especial. En todo caso, los artesanos o ciertas ocupaciones calificadas de este nivel social eran excluidos, por ser consideradas propensas a la deshonestidad. Por lo tanto, según los del extremo social, éstos no podían acceder a cargos públicos; además, los encasillaban como injustos pecadores y culpables ante la ley. Así que ser pobre en la sociedad judía del tiempo de Jesús era además de una condición social, una etiqueta moral que justificaba un sentimiento de rechazo dirigido contra ellos (Echegaray 1982, 146).

Esta religiosidad servía para perpetuar la dominación, culpabilizando a quienes se encontraban en situación de inferioridad social. A esta condición social se sumaba el

hecho de que Jesús rompía todos los convencionalismos sociales, pues "come con cobradores de impuestos y pecadores" (Mc 2.16, Mt 9.11) (151).

Según Juan 7.49 Jesús privilegiaba a "esa masa sin fe ni ley" y la identificaba como "los más pequeños"; decía que en ellos se manifestaba la venida del Reino (Lc 10.21, 4.16, Mt 11.25). Un análisis de Armando J. Levoratti expresa que Jesús declara que la revelación ha sido concedida a los pequeños, una comparación con los niños que en la sociedad judía no eran considerados importantes, más bien se les consideraba insignificantes. Jesús hace uso de este apelativo para reclamar a los que se consideraban sabios e importantes y que por lo tanto consideraban no tener nada que aprender de las personas humildes y sencillas. El término *pequeños* que en su origen griego (*nepoi*) tiene un carácter peyorativo, no es usado para desvalorizar, más bien lo emplea para exaltar a aquellos que los sabios e inteligentes consideraban sin luces y a los que Jesús contrariamente les ha comprendido como los afligidos y agobiados o como *las ovejas sin pastor,* según Mt 9.36 (2003, 334-335). En otro pasaje (Mt 25.40), quitando todo rasgo excluyente o de preferencias como nación, se refiere a aquellos que son débiles y frágiles que han llegado hasta el limite de la indigencia, seres humanos que Jesús los llama *hermanos suyos* y que son merecedores de un trato responsable (2003,380-382). Fue con ellos que en forma reiterada compartió sus necesidades, aspiraciones y triunfos.

Exaltar a los que sufrían toda clase de privaciones y desventajas era un claro ataque al funcionamiento ideológico de la ley, porque ésta justificaba diferencias sociales; por lo tanto, la muchedumbre lo identificaba como su auténtico representante, como un líder popular. Aunque esto no representaba un cauce a las aspiraciones políticas inmediatistas, sin embargo no las ignoró con indiferencia o con desprecio; de entre ellos escogió y reclutó a sus primeros discípulos, mostrando la forma y el contenido que tomaría su propia misión.

Si intentamos reconocer a los sujetos a quienes estaba dirigida su misión, podemos mencionar unos cuantos ejemplos que caracterizan su ministerio pastoral. Claramente se orienta a las personas excluidas de su tiempo: pobres, presos, enfermos, y pecadores (Lc. 4.18-19), en fin, a todos los que aquella sociedad consideraba parias, producto de su misma práctica pervertida.

A continuación se citarán algunos ejemplos puntuales que demuestran esa práctica de Jesús. Es pertinente a nuestra investigación el caso del endemoniado de Gerasa (Mc. 5:1-20), Según Ulloa:

> A través del análisis del texto del evangelio de Marcos y particularmente de la historia del llamado “endemoniado gadareno”, podemos acercarnos al dolor humano, la interacción de una sociedad que si bien estaba también siendo oprimida se convierte en opresora del más débil, y la acción liberadora de Jesús, que elimina barreras, asume desafíos y rompe los esquemas de opresión y desesperanza (1984, 133).

La psicóloga Mireya Baltodano considera que la actitud de locura manifestada era un mecanismo de defensa ante los ataques y el desprecio generalizado, por eso asevera en torno a este caso:

> Una persona alcanza niveles de locura, como el que describe en el texto, a través de un prolongado proceso de desprendimiento de la realidad. Este proceso ocurre frente a un entorno amenazante. El yo de la persona, con el fin de desarrollar y mantener su identidad y autonomía, y para sentirse seguro frente a la amenaza, se despega y desapega de la relación con los demás, y se convierte a sí mismo en su propio objeto de relacionamiento (1996,5).

Ulloa cuestiona no solamente a los niveles oficiales excluyentes dominantes (los romanos y sacerdotes del templo), sino, a judíos en general que aún en situaciones difíciles de marginación, reproducían esta práctica con los suyos:

> El texto presenta una dinámica entre un sistema de dominación-dominados. Aún los dominados muestran su conducta violenta sobre otro “dominado”. La liberación del hombre enfermo causa miedo, ¿será que hay una envidia interna de los dominados? La actividad y el actuar de Jesús trasciende los parámetros y valores de esta sociedad, para el Hijo del Dios no hay cosa mas importante que la liberación de un hombre y la restitución de sus derechos como persona humana (Ulloa 1984, 133).

Las debilidades personales no son ignoradas por Jesús, pues son parte inherente del ser humano y aunque no sean aprobadas como práctica personal, tampoco deben servir como excusa para condenar y hacer de la persona marginada un objeto más abatido de lo que ya se encuentra, o que nos sirva para alimentar nuestro narcisismo, sino más bien una oportunidad para crecer juntos. Una comprensión profunda de los fracasos de nuestro prójimo no debe tener el objetivo de satisfacer curiosidades, sino una gran oportunidad para que la iglesia se haga vigente y útil en acompañar oportuna y adecuadamente a quienes la necesiten. Jesús mismo lo aclara: “Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él” (Jn. 3.17). Esta actitud de Jesús debería ser una consigna permanente en la iglesia, especialmente porque como seres humanos estamos expuestos a la debilidad, al fracaso y al pecado.

Un caso que ejemplifica dos mentalidades enormemente distantes es el relato de Jn. 7.53-8.11: “La mujer sorprendida en adulterio”: la una de condena y muerte, contra la de Jesús que ve la vida como valor supremo.

Para Hugo Santos este texto es el relato de una trampa tendida a Jesús entre la ley romana que no le permitía dictaminar sentencia de muerte y la judía que exigía castigo al acto; además entre la imagen de amor y misericordia de Jesús y la moralidad farisaica. Este psicólogo observa en esta escena la actitud solidaria y sanadora de Jesús:

> Ante esta mujer Jesús baja dos veces la mirada, su respeto por la personalidad humana a pesar de la deformación moral que pudiera existir, no pueden sobreponerse al valor sagrado de la vida humana. La conciencia que Jesús tenía del amor de Dios le hacía ver el profundo significado de la dignidad humana (Santos 2004, 275).

Esta magnifica lección evangélica nos muestra con claridad la lógica que Jesús asume en contra de la exclusión. Este relato de amor y compasión muestra el rostro amoroso de Dios, que comprende nuestros errores, nuestras faltas y nos lleva más allá de ellos.

Aunque todos somos imperfectos, acusando a los demás es como aparentamos ser inocentes. Nos parece lo más natural echar la culpa a los otros. Los fariseos del evangelio no tienen una calificación peor que la nuestra, que como ellos percibimos con claridad la pequeña basura en el ojo del otro pero no vemos la viga en el nuestro. Una de las mayores costumbres es la de constituirnos en jueces del otro.

Además de juzgar a los demás, una buena mayoría tendemos a pensar que el mundo sería mejor si cambiaran los demás, cuyos defectos conocemos a la perfección. Para muchos la sociedad ideal es aquella en la que los demás se ajustan a nuestros criterios. Y lo que es peor, como en el caso de los acusadores del relato, las acciones moralistas suelen camuflarse hipócritamente con supuestas razones de legítimo bien común. Definitivamente esta forma de entendimiento nos impide ser más humanos. En contraste a esta actitud está el proceso de la tolerancia, la cual no sólo es fundamental para saber las exigencias de Dios, sino para entendernos mejor, a nosotros mismos y a los demás.

Otro ejemplo claro de intolerancia y exclusión social, contrarrestada por la inclusividad de Jesús, es el caso del dialogo sostenido con la mujer samaritana, relatado en Jn 4:1-27. A esta mujer, por su condición de adúltera y extranjera, los

judíos la habían empujado a vivir una vida completamente marginal y de total aislamiento social. Lo vemos en el hecho que era obligada a recoger agua en una hora inoportuna, porque era la hora de pleno sol en el calor del desierto. Jesús rompió el condicionamiento moral y legal que le correspondía como rabino, incluso los prejuicios de sus mismos discípulos. Conversa con ella abiertamente y sin complejos y con ello logra la restauración y su liberación.

Foulkes advierte que identificarse con los excluidos no da prestigio en nuestra sociedad, ya que los mismos mecanismos que se encargan de marginar a los débiles lo hacen también con los que se asocian con ellos. “Esto no debe tomar por sorpresa a ningún discípulo de Jesús, pues fue esto mismo lo que le sucedió a él, lo descalificaron” (1996, 81). En el relato de la mujer samaritana vemos que sólo una actitud desprejuiciada por parte de Jesús propició un espacio de respeto mutuo y afecto, sentimientos y experiencias que nunca antes esta mujer habría sentido por parte de un varón.

Una pastoral que se base en sancionar a los demás jamás podrá ser sanadora, porque pretender curar y restituir utilizando el método de señalar y condenar. Lo único que se logrará será duplicar el dolor existente de los demás. Una pastoral razonable supone que las personas en posición de liderazgo tienen toda la verdad, ni ven a las otras personas en estaturas morales distintas, sino en una condición de iguales pecadores, en una relación de hermanos, de respeto mutuo y justicia a la dignidad que cada uno posee.

Solo el afecto y la comprensión desinteresada pueden lograr magníficos resultados, la escucha atenta y solidaria permitirá que afloren los sentimientos más profundos, y una empatía total.

Otro típico caso de intolerancia es el del hermano mayor en la parábola del “Hijo prodigo” o del “Padre amoroso”, relatada por Jesús. A este hermano mayor le hubiera causado satisfacción si la desgracia se hubiera profundizado en el menor y si el padre lo hubiese rechazado.

En el mundo de nuestras comunidades de fe ésta es una de las actitudes más comunes. Los cristianos nos hemos creído al pie de la letra el elogio irónico que Pablo hace a la iglesia de la comunidad de Corinto, de ser una *comunidad de santos* (1Cor. 1.1) o de *linaje escogido* y *nación santa* (1Pe 2.9). Quizás la lectura superficial y literal de las escrituras nos ha llevado a creer que somos mejores en la medida que no nos relacionamos con aquellos que nuestra moral farisaica señala como perdido. Ésta no es

la intención divina, quien desea restaurar a toda persona, independientemente de cuán compleja sea su situación.

Una pastoral efectiva es aquella que desciende a los niveles humanos más bajos con la intención de sanar integralmente. Donde hay miseria humana ve la oportunidad de hacer palpable la gracia divina. Esta pastoral se preocupa más por el fruto de sus acciones y el rescate de la dignidad de las personas, que por el precio de ser señalada por las morales deshumanizadas. Nunca teme contaminarse porque hay convicción en sus acciones.

Una pastoral que se ha desprendido del protagonismo exhibicionista comprende el verdadero sentido del compromiso, ve en Jesús el modelo a seguir, porque él no hizo de sus ideas un discurso intrascendente, lo llevó a la demostración más real que puede existir:

> Con la crucifixión de Jesús, queda demostrado que en la encarnación Dios se identificó con la raza humana no en sentido abstracto o global sino en forma concreta y particular. Jesús fue catalogado por sus contemporáneos como una persona de una determinada clase social, con todos los condicionantes socio-económicos, religiosos y políticos correspondientes a ella. Pero entre la clase humilde solo algunos murieron crucificados; es decir, esta sentencia se aplicó a Jesús como consecuencia directa de acciones intencionadas de su parte, en particular su solidaridad con todo tipo de persona desacreditada por los dueños de la moral, la religión y las buenas costumbres. En el nombre de Dios, Jesús reclamó ante éstos que sus imposiciones y prohibiciones no expresaban lo que Dios ordena para la vida de los hombres y las mujeres (Foulkes 1996, 81-82).

En general podemos comprender que las actitudes de Jesús van en contra de aquellas que son opresoras, que separan en bandos a *malos* de *buenos,* no se sabe bajo que parámetros de perfección. Se comprende que rechaza aquellas actitudes que se basan en perfección superficial, las que cataloga como *sepulcros blanqueados.* Igualmente va contra aquellos que se arrogan el apelativo de ser destinatarios únicos del amor de Dios. O aquella pastoral que impone cargas imposibles de llevar y que a veces sus emisores son el peor ejemplo, porque igualmente lo hacen o les gustaría hacer. Creemos que Jesús jamás asimilaría una pastoral moralizante, condenadora, elitista, exhibicionista y sobre todo ajena a la realidad en que viven sus prójimos. Más contrariamente creemos que a Jesús le es de profunda satisfacción aquella pastoral que comprende que el amor es la base de toda relación y que se manifiesta en una actitud personal desinteresada, radical y sin límites, de respeto a la dignidad que toda persona posee, una pastoral que no toma distancias para demostrar la solidaridad de la que a hecho opción.

Con estos ejemplos de la actitud pastoral de Jesús, plena de inclusividad, se puede apreciar y reflexionar sobre la centralidad de la labor a la que la iglesia debe enfocar sus esfuerzos. Por eso Foulkes lo destaca:

> Dentro de la iglesia y fuera de ella los cristianos somos llamados a ponernos del lado de los que no son bien vistos, los que carecen de poder, los que ven amenazada su sobrevivencia material o cultural. El reto de ubicarse junto a los débiles y excluidos no atraerá mucho a la persona o el grupo que puede optar por quedarse en otro nivel. Será más difícil aún para aquéllos que han superado en su propia experiencia algunas de esas mismas limitaciones (es decir los que han "surgido en la vida") (1996, 81).

Es así que el ejemplo de Jesús debe constituir en el paradigma de la comunidad de fe que confiesa ser discípula suya. Su sentido de inclusión ha de ser el norte que guía los pasos de la iglesia en cuanto a la forma de relacionarse con las personas que han sufrido marginación, sea cual fuera la causa de ella.

3. En las primeras comunidades cristianas

Las iglesias primitivas fueron también testigo de las barreras socio-económicas, socio- culturales y socio-religiosas, caracterizadas por un muro entre ricos y pobres, libres y esclavos, cultos e ignorantes, griegos y judíos. Las comunidades cristianas estaban nutridas especialmente por una masa de pobres que se movían en un mundo de injusticias y opresión, y aunque en el seno de esta iglesia había aristócratas, la práctica de la justicia no era lo que más les caracterizaba, a pesar de que parecían estar unidos.

El texto manifiesta que "todo lo tenían en común o no había entre ellos necesitados" (Hch. 4.32 y 34*).* Esta aseveración conviene valorarla, pues consideramos que los reclamos suscitados en aquellas iglesias no lo afirman tanto. Se podría creer que tal frase está plasmada como un anhelo, un ideal que se perseguía o un hecho de corta duración, pues más adelante hay una queja de los griegos "que se menospreciaba a las viudas en la iglesia de Jerusalén" (Hch. 6.1). El caso de Ananías y Safira (Hch. 5) demuestra que poner los bienes a disposición de todos, no era una cultura arraigada.

Siguiendo esta línea se pueden citar las discordias en la iglesia en Corinto, "mientras unos se adelantaban a comer y otros pasaban hambre" (11:21). Esto explica la diferencia entre los que tenían más y los esclavos pobres.

Todo esto nos informa que la koinonía, a pesar de muchas nobles y elevadas características de los cristianos, era una tarea en marcha, con muchas dificultades o

sólo un hecho aislado en alguna comunidad. "¿Por qué menosprecian la iglesia de Dios, y ponen en vergüenza a los que no tienen nada?" (1ª Cor.11.22). Esta actitud excluyente, sin lugar a dudas, desmoralizaba a Pablo, de allí que les escribe denunciando tal situación.

En la iglesia primitiva la exclusión no estaba vinculada solamente a lo económico, sino que había elementos socio-religiosos que indicaban tal cosa. Un ejemplo de esto lo constituye el caso del funcionario etíope (Hch. 8.26-38) que por su condición de eunuco se sentía marginal. Su ignorancia de las escrituras demuestra que estaba aislado de la comunidad por demanda de una ordenanza (Dt. 23.1), a pesar del enorme interés que este hombre tenía en ella.

Algunos otros casos de inclusión son el de Lidia, quien siendo de condición económica solvente, puso su casa a disposición de los apóstoles para congregar allí a quienes quisieran acercarse a la fe.

Así se podrían citar varios ejemplos más, tanto de inclusión de exclusión, pero a nuestro parecer el ejemplo supremo de inclusividad es el de Jesús, por lo cual basten los casos citados.

B. El excluido desde la Teología latinoamericana

La Teología Latinoamericana tiene como punto de partida la realidad social, pero no cualquier realidad social, sino la de los pobres o excluidos. Según sus teólogos este es el instante primero, luego viene el análisis teológico. Para tal planteamiento, el sujeto (al cual llamaron pobre o excluido) es el centro de atención. Desde éste y para éste parte toda acción liberadora de Dios

Tal forma de entender la Teología fue revolucionaria, ya que antes la teología había sido el producto del pensamiento dominante, e ideología de los poderosos, se pensaba sólo en base a las concepciones provistas por el mundo de los eruditos. Era muy clásica, europea, occidental, incluso a veces alejada de la realidad histórica. Por lo tanto cuando los pobres irrumpen como sujetos en la historia, rescatados por la Teología latinoamericana, los cuestionamientos, asociaciones peyorativas e interrogantes sobre el método no se hicieron esperar. De allí la carta abierta de Moltmann a Míguez Bonino, entre otras.

El hecho que los pobres puedan "releer y rehacer" la historia (Gutiérrez 1982, 260) se ve como una amenaza a una actividad cuya exclusividad era patrimonio de las elites y del magisterio eclesial. Con Gutiérrez la historia tiene un reverso y hay que

desentrañarlo. No es verdad que Dios sea para usufructo exclusivo de los poderosos, por eso aclara:

> En medio de los acontecimientos de la historia, Dios se pone siempre de esta, y solamente de esta parte: siempre contra los soberbios, siempre a favor de los humildes; siempre contra aquellos que tienen derechos y privilegios; siempre a favor de quienes se le niega y despoja de esos derechos (sic)… la justicia de Dios, la acción por la cual él es fiel a si mismo, se manifiesta como ayuda y liberación, como intervención salvadora a favor de los hombres, precisamente en cuanto se dirige a los pobres, los miserables y los desvalidos y solo a ellos, mientras que con los ricos, los satisfechos y los seguros, esencialmente Dios no tiene nada que hacer. La justicia de Dios triunfa donde el hombre no tiene ninguna razón para triunfar (Gutiérrez en Tamayo 2000, 140).

¿Quiénes son los pobres o excluidos? Tradicionalmente se ha considerado como pobre a todo aquél que sufre algún tipo de calamidad, independientemente de su posición socio-económica. Sin embargo, esto no es necesariamente así para la Teología Latinoamericana. El argumento es que existen condiciones infrahumanas en las cuales viven los verdaderos pobres, materialmente hablando. Esto hace que el enfoque de tal teología se vuelque hacia éstos, analizando sus condiciones, las cuales considera que no son de orden natural, sino producto de las estructuras sociales y económicas injustas, señaladas como responsables directas y conscientes de su pecado.

Los pobres que ahora no son los objetos, sino sujetos de la teología tienen características muy definidas: “Los pobres, en un sentido real, y no en un sentido metafórico. Son los que sufren una carencia económica fundamental. Los que están privados de los bienes materiales necesarios para llevar una vida digna (Pixley y Boff 1986,17).

Para el teólogo uruguayo Julio de Santana “el número de pobres a nivel mundial es de millones y millones que representan un amargo espectáculo de pobreza masificada en nuestros días” (1985, 50). Así mismo aclara que estas situaciones de miseria hacen que la vida no sólo se reduzca en calidad, sino cronológicamente:

> Pobres son aquellos que continúan aun viviendo en condiciones conocidas como pobreza absoluta; desnutrición, analfabetismo, enfermedad, ambiente contaminado (polucionado), alta tasa de mortalidad infantil y bajos índices de duración de la vida, debajo de cualquier definición aceptable de decencia humana (1985, 45).

Para efectos de esta investigación se ha venido llamando a estos pobres como *los* excluidos, los que necesitan el esfuerzo de otros y de la estructura social para que se les incluya en la sociedad. Sobrino amplía el término e incluye a los que la sociedad rechaza, producto de una visión moralista, especialmente en el mundo de la fe.

> Pobres son los que tienen una necesidad real, los hambrientos y sedientos, forasteros, enfermos y encarcelados, todos los que están agobiados por alguna dura carga, para quienes vivir es tarea difícil. Pobres son también los despreciados de este mundo, los pecadores de acuerdo a la ley, publicanos, prostitutas, los pequeños, los que son tenidos por menos que otros y para quienes la religiosidad vigente no ofrece esperanza, sino condenación (1990, 486).

Hoy como en los tiempos de Jesús, la situación no ha variado mucho y siguen habiendo pobres y ricos, pero los pobres son cada vez más y más pobres y los ricos son menos y cada vez más ricos. Pero no sólo los estratos ricos de la sociedad tienen el carácter de excluyentes e intolerantes, a veces lo constituyen los pobres mismos. Esta particularidad resulta producto de una cultura moralizante, fruto de las élites que definen la perfección y la dignidad humana, así con ésta actitud los excluidos mismos se encargan de hacer más pesada la carga existente hacia sí mismos; por eso la situación de exclusión se amplía a otras condiciones y a otros estratos.

La exclusión no sólo se refiere a situaciones causadas por la desventaja económica sino a otras formas sociales de vida que tienen su base en el fanatismo religioso y la inequidad socio-económica cómo lo vimos en el capítulo I. Sobrino explicita estas situaciones:

> Y los llamo *pobres socio-económicos, pobres sociales* es decir, aquellos para quienes vivir en sociedad es también una pesada carga, aquellos a quienes la sociedad les priva de la dignidad elemental de personas, de seres humanos. En tiempo de Jesús, este tipo de pobres estaba simbolizado por los niños, por la mujer, por los que tenían profesiones despreciadas, los borrachos, las prostitutas, los que aparecen en el evangelio como pecadores, pero no los pecadores de tipo opresor, sino aquella pobre gente que violaba la ley. Lo que resulta de todo esto es que socialmente esas gentes les sobreviene la indignidad: son los marginados, son los despreciados. Entonces, en una visión de conjunto, los pobres, para Jesús, son aquellos a quienes les es negada la vida o les es muy dificultada y a quienes les es negada esa dignidad que viene del vivir en fraternidad (1991, 36).

La pobreza es vergüenza para la humanidad, ello se refleja en el hecho que a pesar de los avances en tecnología, la salud y otros campos del conocimiento, la pobreza sigue siendo una negación de ese avance y por tal razón cuestiona a esa

humanidad moderna. Esto porque en la medida que se avanza tecnológicamente se crea simultáneamente mayores índices de miseria, y se hace extensivo a otros niveles.

Al respecto Gutiérrez considera:

> El término pobreza designa, en primer lugar, la pobreza material, es decir la carencia de bienes económicos necesarios para una vida humana digna de ese nombre. En ese sentido la pobreza es considerada como algo degradante y es rechazada por la mentalidad contemporánea. Aun quienes no son, o no quieren ser concientes de las causas profundas de esa situación, consideran que debe lucharse contra la pobreza. La cuestión se hace todavía más compleja si se tiene en cuenta que el concepto de pobreza material está en constante evolución. No tener acceso a ciertos valores culturales, sociales, y políticos. Forma parte hoy de la pobreza que se desea abolir (2003, 89).

En el fomento y la producción de la pobreza no sólo participan los no cristianos, igualmente sectores muy devotos se suman a esta tarea. Para muchos creyentes su convicción es que su posición privilegiada es fruto de la bendición divina y que sus acciones empresariales son un favor a la humanidad. Muchos de ellos considerarían natural y hasta necesaria la existencia de la miseria y creen literalmente en que a los pobres "siempre los tendréis entre vosotros" (Juan 12:8). Gutiérrez niega esta idea cuando asevera: "La pobreza en la Biblia es un estado escandaloso, atentatorio de la dignidad humana y por consiguiente contrario a la voluntad de Dios" (2003, 92). Nunca podría concebirse un dios acicate de los pobres, un dios construido para ser cómplice en la validación de estructuras de pecado social, no es el Dios liberador que los pobres buscan. El Dios que las mayorías han descubierto es aquel que "claramente ve cómo sufre su pueblo" (Ex. 3.7). Descubrir estos textos hace que se cambie el sujeto de la gracia de Dios y por ende esta forma de hacer teología se vuelve un escándalo que sacude a los sectores conservadores. Haciendo una relectura de la Biblia los pobres descubren el lugar que les había sido arrebatado, por eso: "la opción preferencial de Dios por el pobre, por el débil, por el último atraviesa toda la Biblia, ella no se entiende fuera de la absoluta libertad y gratuidad del amor de Dios" (Gutiérrez 2003, 129).

Al apropiarse hermenéuticamente de los textos bíblicos los pobres están en la capacidad de desligar a Dios de su miseria y de hacer denuncia, señalando con propiedad que la situación de exclusión que sufren tiene origen, sin lugar a dudas en la gran brecha entre ricos y pobres. Los primeros, que son pocos, lo acaparan todo en contra de la miseria en que vive la mayoría, y se vuelve claramente un pecado cuando ésta miseria invade todos los espacios de la vida humana:

> La vida del pobre es, sin duda una situación de hambre y de explotación, de insuficiente atención a su salud y falta de vivienda digna, de acceso difícil a la educación escolar, de bajos salarios y desempleo, de luchas por sus derechos y represión (Gutiérrez 2003,124).

Ante tal hecho la iglesia tiene que reconocer las causas y entes que matan al cuerpo y el espíritu, reconocer la fuente que lo crea, pero no debe quedarse en los límites del mero asombro y expectación, sino trascender y actuar. Son necesarios muchos elementos para combatir tal flagelo, entre los que están la denuncia profética, la solidaridad, la no confabulación, ni la pasividad a toda institucionalidad que menoscabe la vida. En todos los ámbitos su accionar debería ser un ejemplo a seguir, no para buscar notoriedad ni el protagonismo. La relevancia le llegará inequívocamente en la medida que se identifique con todos y no sólo los creyentes, ya que ese fue el espíritu que prevaleció en Jesús. Así lo entiende Sobrino cuando manifiesta:

> Que Jesús acoja al pecador es una forma de decir es posible superar la indignidad social a la que están sometidas todas esas personas tenidas por pecadoras. Cuando Jesús come con gente tenida por indigna está queriendo decir, es posible superar el desprecio social (1991, 39).

Siguiendo a Gutiérrez y a otros teólogos de la misma línea de pensamiento, podemos concluir que ahora la teología es una dialéctica de carácter universal, los excluidos son el sujeto central de su argumento y el pobre (excluido) como el eje o centro de su pensamiento. En resumen consiste que ahora los pobres son seres incluidos en el quehacer teológico porque siempre fueron dignos del amor de Dios. Esto es el camino inverso de la teología clásica, que comenzaba con Dios y luego llegaba al ser humano (pecador corrupto) y se presentaba con ribetes de exclusión.

Ante esta situación concluiremos este trabajo con una serie de sugerencias para hacer posible una pastoral diferente a la tradicional, la cual tendrá como objetivo la inclusividad de las personas.

Capítulo III
La comunidad de fe y su misión de inclusividad

Este capítulo tiene como finalidad mostrar algunas alternativas que la iglesia puede llevar a cabo desde el servicio pastoral, para contribuir a superar el fenómeno de la exclusión entre sus miembros. El punto de partida pastoral está en la sensibilización de la misma comunidad de fe ante las circunstancias de exclusión, todo basado en el modelo de inclusividad plena practicado por Jesús. En esta tarea la iglesia posee espacios que pueden ser el vehículo idóneo para lograr un proceso efectivo de inclusión. Uno de ellos es el momento litúrgico, desde el cual puede generarse un proceso de confianza, mediante la participación abierta de aquellos miembros que tradicionalmente han sufrido exclusión. La iglesia no puede olvidar el servicio diacónico para las personas, sean miembros o no de la comunidad de fe, esto es, el ejercicio de servir a otros que padecen necesidades, haciéndolo porque tiene la responsabilidad de convertir las palabras en hechos concretos, cuyo fundamento se encuentra en el amor a Dios y al prójimo. Las actividades incluyentes deben estar basadas en un espíritu de comunión o compañerismo, es decir de un espíritu koinonal. Así mismo en el acompañamiento a los excluidos por diversos mecanismos sociales, es ineludible descubrir, fomentar y compartir cualidades resilientes en la comunidad de fe. Toda actitud de servicio para promover la inclusión debe estar fundada en el principio del amor responsable. Sólo con ello la iglesia puede hacer posible que el reino de Dios sea una realidad entre los suyos.

1. Misión integral de la iglesia ante el tema de la exclusión

Son variados los tipos de personas que sufren exclusión en nuestra sociedad. Por esta razón el quehacer pastoral está llamado a ser una praxis interesada en todo lo que atañe a la vida de los hermanos, a conocer las formas de exclusión y ayudar con su ejemplo a la superación de cualquier circunstancia que desvalorice la vida. Para el quehacer pastoral contemporáneo cada creyente no debe ser un simple número, sino un ser humano significativamente identificado y amado que necesita ser acompañado y liberado de forma integral en sus múltiples aflicciones:

> Necesitamos una pastoral que acompañe al ser humano con verdaderos signos: desde una práctica económica que dignifique al ser humano, desde una

práctica de servicio y no desde un poder autoritario y dominador, desde una visión de Dios que no mantenga cautivos a los creyentes ni los acomode al sistema opresor, desde una práctica de la justicia que restituya al ser humano en sus necesidades vitales, desde una Psicología Pastoral que atienda al ser humano en su sufrimiento y desde una espiritualidad que construya una humanidad armónica y coherente tanto en las relaciones con Dios, con el prójimo y consigo mismo (Ulloa 2006, 144).

Para Rauschenbusch (1918), la ternura que Jesús ponía en las relaciones con los enfermos era una expresión del sentimiento de lo sagrado de la vida. En el caso de los leprosos, que eran repulsivos al sentimiento estético y una amenaza constante a la salud, Jesús rompió toda barrera impuesta en contra de ellos, porque para él cualquier miserable tenía un alto valor en su dignidad. Para Jesús los sentimientos de odio, desprecio, y negación del valor humano eran equivalentes al homicidio. Es que negar el valor a las personas, desconocer su dignidad, destruir el concepto que pueda tener de sí mismo, destituirle de la consideración de los demás, es un intento de matar su alma.

Es conveniente remarcar sus palabras: "Pues el Hijo del Hombre ha venido a salvar y a buscar lo que se había perdido" (Lc 19:10). Jesús no sólo se proponía ayudar a los que venían a pedir su auxilio, sino que él mismo iba a buscarles. Ante este ejemplo la iglesia hoy debe enfocar su ministerio pastoral en tal línea, y desde esa perspectiva pastoral se proponen algunas actividades inclusivas a seguir.

A. Liturgia inclusiva

Cuando existe la adecuada sensibilidad por parte de quienes guían la iglesia, se tiene la visión de aprovechar cada espacio de la labor eclesial para hacer florecer la vida. La liturgia por el carácter de profunda espiritualidad que representa, puede ser uno de los espacios más incluyentes de la labor pastoral. Quien dirige la iglesia deberá mostrar flexibilidad lo mismo que comprender y hacer comprender que el culto es el encuentro de Dios con la comunidad, es el espacio en que Dios convoca y el pueblo responde. Cuando esta dimensión es asimilada, éste puede transformarse en uno de los espacios para el crecimiento personal y para el convite de los sectores sociales necesitados.

El pastor o pastora no deben considerar que el culto sea una tarea única para grupos privilegiados o que tenga carácter de inalcanzable para los demás. Él o ella deberán ceder muchas partes de la celebración para ser desarrolladas por los miembros de la congregación, lo que significa una participación comunitaria, abierta y total. Sólo la apertura absoluta hará del culto el espacio de adoración y reflexión que

todos atesoren y consideren como su momento de encuentro, porque es fruto del esfuerzo y creatividad de todos. Cuando una iglesia se abre lo más posible a la creatividad alojada en su seno y le permite el espacio para desarrollarse, tendrá como resultado una comunidad que se fortalece con una vida cada vez más dinámica y fluida.

La comunidad de fe es un conglomerado de talentos y dones, muchos de los cuales permanecen adormecidos por apatía o por actitudes erradas de dirigentes eclesiales que no se interesan en despertarlos y canalizarlos apropiadamente. Estos dones adormecidos necesitan ser motivados y guiados. En mucha personas la exclusión ha creado efectos devastadores que adquieren una serie de características negativas, las cuales van desde la timidez hasta las fobias a la participación. Estas pueden ser superadas mediante una serie de estrategias para lograr su inserción.

No cabe ninguna duda que uno de los métodos más fructíferos para lograr la inserción de las personas excluidas comienza por desarrollar una profunda empatía hacia los demás, en la que se reconozca y motive los talentos, lo cual hará superar cualquier actitud negativa y mejorará la autoestima de la feligresía. Generar confianza es también la base para lograr grandes cambios y ayuda a la inclusión de las personas. Se hace ineludible fomentar la tolerancia por parte de los demás, esta debe desarrollarse en un plano de alteridad, especialmente hacia los hermanos en desventaja. Para ello debe comprenderse que habrá tropiezos, los cuales no deben magnificarse, sino más bien valorar positivamente el desempeño de aquellos a quienes se desea dar un proceso de acompañamiento. En el culto los creyentes menos reconocidos pueden ser considerados para acompañar en pequeñas tareas con lo que se busca el reconocimiento de los demás, la superación del temor y la adquisición de confianza para la participación.

Este proceso de empoderamiento inicia abordando de manera cálida y amigable a las personas, asignarles algunas tareas que puedan realizar, tales como organizar y preparar los espacios para reuniones, el mobiliario, los materiales necesarios o bien contribuir para convocar y recordar a los demás sobre su participación en determinadas eventos futuros. En un segundo momento, en los espacios apropiados de la liturgia se puede pedir a determinados hermanos o hermanas interceder por otros, a expresar algunas palabras en pequeños círculos de personas. También expresar sus sentimientos hacia los demás, tales como felicitar o dar palabras de consuelo a alguien en un día especial, podrían igualmente dar la bienvenida a las visitas, llevar los elementos de la comunión al altar hasta distribuirlos, o bien dar la bendición final.

Posteriormente se debe valorar positivamente su participación reconociendo su esfuerzo. A esto debe seguir asignaciones de mayor responsabilidad tales como lecturas de textos e incentivarles a participar dando libremente su opinión. Ninguna acción que los hermanos estén intentando debe ser dejada a su propia responsabilidad, sino acompañada y fortalecida por los dirigentes hasta lograr un total desenvolvimiento.

Fuera del acto litúrgico los guías de la iglesia pueden asignar responsabilidades que atañen al culto a personas en procesos de inclusión, porque con seguridad en muchas de ellas hay capacidades latentes que quieren un espacio para sentirse realizadas. No cabe duda que en un proceso de inclusión la iglesia como institución puede verse beneficiada al alojar en su seno al elemento humano que le permita desarrollarse. Este proceso cumple una doble función, la cual es integrar a las personas, haciéndolas sentir sujetos creadores y simultáneamente fortalecerse como institución. Evidentemente a lo largo de estas acciones, los guías de la iglesia serán quienes resultan más favorecidos, porque las tareas del culto se vuelven menos agotadoras al estar distribuidas, lo que da lugar para preparar actividades más esmeradas y de mayor dimensión por parte de los líderes. Este es un ejemplo de inclusión que trae beneficio mutuo.

Quizás al principio la tarea resulte agotadora para el pastor, pastora o los guías de la iglesia, porque implica animar para la acción o reanimar en los fracasos, capacitar en técnicas de participación, estudios bíblicos y la generación de un espíritu de inclusividad.

Si la posibilidad de la inserción de dones no se verifica adecuadamente, puede transformar a la iglesia en un espacio de vidas hastiadas y superficiales, por lo tanto sin aportes sustanciales al desarrollo de la persona, consecuentemente a la iglesia le puede sobrevenir el deterioro y pérdida de sentido como cuerpo de Cristo.

2. Diaconía con base en la koinonía

Dentro del ambiente eclesial la diaconía es el ejercicio de servir a otros, por amor a Dios y al prójimo. Tal servicio promueve la inclusividad cuando se hace en un espíritu de comunión o compañerismo, es decir una practica koinonal.

La diaconía, es la expresión y esencia de la vida de la Iglesia, tanto así que el uso de la palabra “diaconía” se encuentra en el Nuevo Testamento en forma exhaustiva y variada. Incluye todo tipo de servicio, desde atender en la mesa a la viuda, hasta la predicación sin jerarquización de roles.

La diaconía no es sólo una consecuencia, sino una parte central del Evangelio. Las acciones diaconales de Jesús están orientadas a definir el reino de Dios, tanto en la predicación o la enseñanza como en las necesidades personales de la gente. La vivencia del Evangelio está afirmado en roles complementarios: proclamación y sanación, perdón y recuperación, palabras y hechos. El Evangelio consiste tanto en actuar la Palabra como en hablar con acción.

Este ministerio debe tomar forma en la iglesia local, pues ésta está llamada a ser sierva del Señor y estar abierta a las necesidades de la sociedad en que vive. En las situaciones locales, la diaconía se hace real y concreta. Comienza en el lugar donde se hallan las personas; donde se hallen los necesitados, sea cual sea la razón de su necesidad, en general, las víctimas de nuestras sociedades excluyentes, los alcohólicos y otras clases de adictos, retrasados mentales y discapacitados, enfermos, desocupados y todas las personas que viven en situaciones desventajosas, y que necesitan sanidad.

Para la pastora Cornelia Füllkrug-Weitzel (2005), la diaconía es esa parte de la vida cristiana que le recuerda la responsabilidad a la que está llamada. Esta no es la búsqueda de su propio prestigio y poder, sino la búsqueda de Jesús y su servicio por medio del amor a los "perdedores" cercanos y distantes de la economía y la política. El servicio al prójimo; es la parte de la fe que busca a Dios entre los hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos, enfermos o encarcelados (Mt. 25, 31-46). Se sirve a Dios sirviéndole a ellos. La diaconía atiende a los pobres o excluidos en sus necesidades individuales y estructurales, así cómo lo hizo Jesús. Según Lucas él se consideró a sí mismo como diácono (22:27). Este papel de servidor era constantemente afirmado y motivado; por tal razón si él fue en esencia un diácono, la iglesia tiene un claro papel en su actuar (Mt.20:25-28).

La diaconía es el interés de la iglesia en participar de la austeridad y el sufrimiento de los necesitados. Es, en la tradición del profeta Isaías (Is. 53), una iglesia que se humilla. Esta tarea al convertirse en koinonía es la parte de la fe que hace a la iglesia dejar de centrarse en sí misma, no tomando en cuenta su propia buena reputación, su importancia terrenal, sus cualidades, sus afirmaciones, su preservación propia ni su posición en el mercado de denominaciones y religiones.

El trágico relato del joven rico (Mr. 10) muestra claramente lo desesperanzado y desvalido que realmente era, y lo atado que estaba a sus posesiones. Sólo liberándose de su propia esclavitud podría haberse convertido en un verdadero siervo de Cristo y de

su prójimo, en dependencia mutua. La diaconía debe comprenderse en el marco de la reciprocidad, pues el que sirve termina por recibir más que la persona a quien va dirigido su servicio.

Pablo, en los versos 2.3-4 de la carta a los Filipenses, afirma: “No hagan nada por rivalidad o por orgullo, sino con humildad, y que cada uno considere a los demás mejores que si mismo. Ninguno busque su propio bien, sino también el bien de los otros”. Esto también significa que la diaconía no es un campo donde las denominaciones puedan competir por su parte en el mercado religioso, es decir, para sumar nuevos miembros a su iglesia. Al contrario, es para el bienestar del cuerpo de Cristo en su totalidad. El verdadero servicio reconoce en los demás la imagen de Dios; por eso las actitudes de superioridad son incompatibles con el servicio. En la Iglesia local la diaconía nunca es una relación sujeto-objeto, sino una relación de intercambio en una comunidad que se sana y comparte mutuamente.

Cuando la diaconía se hace koinonía, sensibiliza, educa y moviliza a la gente para que tome conciencia de los sistemas y fuerzas que despojan a los seres humanos de su dignidad. Las formas institucionales de diaconía, por muy útiles que sean, deben tener el carácter de liberadoras, esto significa no asumir tareas paternalistas que entorpezcan el desarrollo humano. Además, inicia con enfatizar la acción preventiva y no sólo en combatir los efectos de la exclusión.

B. Lineamientos para una pastoral inclusiva

Una pastoral inclusiva a ser desarrollada podría basarse en una serie de elementos de los cuales sólo se resaltarán tres: el amor, la resiliencia y la tolerancia.

1. El amor como fuente de toda inclusión

Para Irene Foulkes una vida que honra a Dios incluye necesariamente una preocupación por el bien de otras personas, de la misma manera que el gran mandamiento de amar a Dios conlleva el segundo, que es semejante a amar al prójimo (Mt. 22:35-39). Es el amor, entonces, que librará a la iglesia del pecado de la exclusión:

> Para que una iglesia viva libre de legalismo y al mismo tiempo se conduzca responsablemente ante los hermanos y los de afuera, se necesita un esfuerzo constante de reflexión ética que vaya más allá de una evaluación de una serie de actos específicos. Los cristianos deben esforzarse por profundizar en todo el proyecto de Dios de una comunidad humana integral, que honra a Dios porque sigue el modelo de Jesucristo (1996, 279).

La carta 1ª Juan en los versos 4.8 afirma: "Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor", por lo tanto, donde no hay amor no puede haber una práctica pastoral. "Por eso el trabajo pastoral debe ser fundamentalmente hecho por personas que aman, capaces de sentir interés por los seres humanos (León 2006, 131).

El buen pastor es una buena persona, en quien reina el amor, que ha superado el egoísmo, el autoritarismo y la ambición de poder y sirve en tal oficio en función de los demás: "Aunque el pastor no sepa mucho, la congregación suele atribuirle un gran saber cuando tiene una buena relación con él. Pero puede ocurrir lo contrario: que el pastor realmente sepa mucho, y que se lo trate como si fuera un ignorante" (León 2006, 129).

No hay que equivocarse, ser siervo o sierva de Dios no significa endiosarse. Es que entre la verdadera adoración y la idolatría no hay mucha distancia. Para evitar el pecado de la omnipotencia y el autoritarismo, se debe recordar que la persona que pastorea no es más que un ser humano pecador, aunque se supone ya redimido y consciente de esta redención.

En esto el ejemplo de Jesús es el camino pastoral:

> Jesús mostró muchos atributos atendiendo a las necesidades de la gente. Fue capaz de escuchar sus quejas, atender sus pedidos de salud, de la necesidad de perdón, de alivio a sus tormentos y necesidades de pertenencia, validez y amor. Se rodeó de un grupo de personas a las cuales les comunico vida, no solo las buenas noticias. Les enseñó a través de ejemplos, de modelado, de conducta vicaria, y de respuestas adecuadas a la vida corriente (Polischuk 1994, 220).

Amar como nos ama Dios, a través de Jesús, es un desafío urgente para la comunidad de fe. Hay un gran número de personas que sufren violencia y padecen injusticia, pues apenas logran sobrevivir en una economía que no tiene mucho que ofrecerles. Por eso la iglesia como expresión del amor de Dios, se constituye en una comunidad alternativa al sistema de exclusión:

> La iglesia es un lugar donde mujeres y hombres pueden reconstruir su vida personal y comunitaria, y experimentar un nuevo tipo de relaciones interpersonales, basadas en la aceptación y el amor. La iglesia que cree que Dios reparte dones y capacidades a todos los creyentes ayuda a las personas a superar su alienación, y las pone en el camino de una liberación integral, donde cada una es valorizada por sí misma. Con los dones del Espíritu todos están habilitados para contribuir a la edificación de los demás; aun los más humildes se convierten en sujetos que actúan para el bien de otros (Foulkes 1996, 353).

El amor de la comunidad de fe es actuar responsablemente en medio de las condiciones adversas de la vida. Se muestra en ayuda para que las personas se sientan acogidas y contenidas como parte del cuerpo de Cristo. No desconoce las realidades, sino que apoya para superarlas.

> Al interior de una comunidad cristiana debe forjarse un amor solidario entre personas de diversas condiciones que les permita enfrentar juntos, y con autoridad moral, las embestidas que sufran algunos de sus miembros en la sociedad. Si “el amor no se goza de la injusticia” la persona que ama se esforzará por cambiar las condiciones injustas que menguan la vida de otros (Foulkes 1996, 301).

Afirmar que el amor debe ser la fuente principal de una actitud inclusiva es afirmar que el amor es la centralidad del Evangelio. Cuando la iglesia comprende claramente este hecho, puede hacer mucho más de lo que cree, esto es, amar seria y responsablemente, en anteposición a un mundo desprovisto de compasión. Una pastoral enfocada en el amor es un elemento positivo en la superación de toda exclusión y hará que las personas se sientan amadas, acogidas y hospedadas.

2. La resiliencia comunitaria como estrategia para la inclusión

Los seres humanos tienen el potencial de resistir y contravenir lo que les es adverso. A esa capacidad se la ha llamado resiliencia y constituye un pilar de la salud mental. Las personas que han vivido en condiciones socio-económicas y psicológicas excluyentes no siempre logran fortalecer su capacidad resiliente, sobre todo cuando carecen de apoyo social para atender sus necesidades básicas. La iglesia puede llenar esta necesidad y ayudar a desarrollar esta capacidad de superación personal y social, con una actitud y programación inclusiva. La iglesia no tiene la capacidad de erradicar la exclusión, pero goza de un poder de convocatoria que la denuncia y contrarresta sus efectos, fortaleciendo espiritual, social y psicológicamente a las personas que sufren de exclusión.

La resiliencia está siendo categorizada como una característica de la salud, esta es independiente de la condición socioeconómica de la persona. Por ejemplo una persona que vive en pobreza, a pesar de ser una situación negativa, no se ve impedida en el desarrollo de la resiliencia. A pesar que la resiliencia es una característica en personas que han tenido una infancia o adolescencia bien guiada, puede ser potenciada a lo largo del ciclo de la vida y del desarrollo:

> La resiliencia se produce en función de procesos sociales e intrapsíquicos. No se nace resiliente, ni se adquiere "naturalmente" en el desarrollo, sino que depende de ciertas cualidades del proceso interactivo del sujeto con otros seres humanos, responsables de la construcción de su sistema psíquico (Melillo 2002, 86).

Cuando las características resilientes en una persona o comunidad son estimuladas en forma apropiada, el proceso de empoderamiento se desarrolla con mejores resultados. La iglesia como espacio privilegiado para la convocatoria, puede aprovechar esa capacidad para descubrir, estimular y modelar liderazgos que la dinamicen e impacten positivamente en aquellos que necesiten ser potenciados.

Melillo describe a las personas con cualidades resilientes como personas con *habilidad* para manejar positivamente muchas circunstancias desfavorables de la vida. Su *adaptabilidad* para adecuarse a estas situaciones desfavorables les evita caer en pesimismo o deterioro de la personalidad, sirviendo cómo ejemplo para los demás. La *baja susceptibilidad* que les caracteriza les permite no sentirse ofendidos ni agraviados con facilidad, posibilita el vínculo y hace factible su perspectiva de liderazgo. La dinámica de la comunidad de fe puede resultar beneficiada con la cualidad de *enfrentamiento efectivo* que a éstas les permite tomar decisiones prácticas apropiadas, por el uso del sentido común en circunstancias difíciles. El ejemplo de estas personas, con su *capacidad de resistencia* a la destrucción, puede ayudar a otros a mantenerse con entereza en momentos de prueba. Su *conducta vital positiva* motivará a los demás estimulando la fluidez de la energía necesaria para desempeñarse en muchas circunstancias diarias. Evidentemente su *temperamento especial* es de alto valor cómo modelo de un liderazgo que posee las características de tenacidad, que no cede ni se deja manipular en situaciones agresivas y deformadoras, que incluso le lleva a luchar decididamente por la defensa de sus derechos personales y colectivos. En el liderazgo con cualidades resilientes sobresalen las *habilidades cognitivas,* éstas le ayudan a percibir con facilidad el estado de cosas que le rodean. Todas estas cualidades resilientes son reconocidas cuando se despliegan frente a situaciones adversas estresantes y que permiten al individuo enfrentarlas y superarlas (2002,86).

Las personas resilientes se distinguen por poseer actitudes liberadoras frente a los otros y frente a las circunstancias hostiles de la vida, sin embargo, necesitan "tener" personas en quien confiar y recibir amor, o bien, puedan poner límites para evitar peligros o problemas. La comunidad de fe puede ser ese soporte entre sus líderes o

entre aquellos miembros que les distingue su conducta, sus maneras correctas de proceder, y que se interesan en el adecuado desarrollo y crecimiento personal, o se preocupan y acompañan a otros en situaciones adversas como enfermedades o riesgos. En el caso de las personas excluidas, la comunidad de fe puede ser "el otro" que dichas personas "tienen" para fortalecer su resiliencia.

Las comunidades de fe deben estimular, en función de ellas y de los demás, las conductas de las personas resilientes, especialmente porque éstas tienen una valoración positiva de si mismos. En su relación con los demás, estas personas "sienten ser" importantes, por ello entre las situaciones hostiles y favorables, saben desechar las primeras y valoran preferiblemente las actitudes de aprecio y cariño que le son manifestadas, por lo tanto, "se reconocen" como personas estimadas y felices. Esta percepción positiva de si mismo les hace capaz de retribuir el afecto recibido, por esto, en el mismo grado que son respetuosos de si mismos, lo son igualmente para los demás.

En el intento por evitar el paternalismo y fomentar las conductas autosuficientes, la comunidad de fe deben alentar entre los suyos la capacidad resiliente de reconocer "su estado personal" y sus posibilidades para llevar a cabo actividades que le son inherentes, además fortalecer "su condición positiva" que les lleve a responsabilizarse de sus actos y por ello tener la posibilidad de desenlaces positivos (2002, 86).

El liderazgo debe evitar que en las comunidades de fe las personas oculten, disfracen o repriman sus sentimientos no comunes, los que finalmente pueden ser canalizados negativamente. La práctica en tales comunidades de fe puede fomentar cualidades resilientes que permitan "poder" exteriorizar abierta y adecuadamente los temores e inquietudes, y a partir de esta confianza buscar la manera de resolverlos. Esta cualidad conlleva a la seguridad personal de poder controlarse a si mismo ante las tentaciones que producen situaciones difíciles, el reconocer sinceramente y con claridad las fallas y capacidades, permite la iniciativa y la apertura de buscar a la persona apropiada para hablar y recibir ayuda o con quien actuar conjuntamente en los momentos de necesidad (87).

Un proceso de inclusión en el cual la comunidad sirva de soporte a otras, comienza por descubrir a personas con cualidades resilientes que pueden servir de apoyo a otras que se encuentran en desventaja. Algunas veces en la comunidad de fe cuando no son evidentes estas cualidades humanas deben ser descubiertas en aquellas personas que lo mantienen de forma subyacente, o entrenadas en aquellas

que ya son manifiestas para emplearlos en un proceso de acompañamiento o sanidad. Esto podría suscitarse especialmente en las secuelas de un desastre u otras situaciones críticas similares, pero de igual manera dirigido hacia aquellas personas a quienes se desea insertar en un proceso de inclusión personal. En estas comunidades los atributos de unos individuos sirven de sostén para otros en el enfrentamiento de sus adversidades, esto permite buscar en conjunto el logro del bienestar que la comunidad de fe se propone alcanzar para sus miembros o la población a la que se interese acompañar.

La movilización de capacidades solidarias de la comunidad de fe sirve para emprender procesos de renovación y enriquecimiento personal o comunitario. Es entendido que estas cualidades deben ser fortalecidas por una pastoral incluyente como instrumento para sobreponerse y salir fortalecido de las experiencias de adversidad (Suárez Ojeda 2002, 71). No es extraño, entonces que aquellas comunidades de fe en las que se observa una elevada autoestima colectiva tengan mayor capacidad de recuperación frente a las adversidades.

3. La tolerancia como paradigma de convivencia

Hay iglesias con altos índices de intolerancia, olvidando que la tolerancia es un valor cristiano, es el pleno respeto para que el otro puede tener libertad de ser. Una iglesia que basa su pastoral en la tolerancia, podrá desarrollar una sana convivencia como comunidad.

Otra forma de entender la tolerancia es el "respeto y consideración hacia las opiniones o prácticas de los demás, aunque repugnen a las nuestras". El verbo *tolerar* es definido como: "sufrir, llevar con paciencia y permitir algo que no se tiene por lícito, sin aprobarlo expresamente" (Drae 2007).

Es conveniente aclarar que en una pastoral incluyente, enfocada en la tolerancia como valor, ésta no es sinónimo de permisividad. La tolerancia se basa en principios de justicia, amor y responsabilidad, no en acciones que dañen a otras personas, en actos claramente inmorales o ilegales. La tolerancia centrada en el bienestar del ser humano, sabe poner límites y mostrar caminos éticos a seguir, sin imponer criterios dogmáticos o moralistas, producto de prejuicios.

La tolerancia se nutre de sentido de libertad, pero acude a la responsabilidad en las acciones. Es respetar a los que son o piensan de diferente manera y valora la

diversidad. La aceptación de la diferencia abre caminos de cambio social y eclesial sin cambiar los ideales comunitarios o recurrir a medios agresivos para sostenerlos.

La tolerancia para la defensa de un ideal de libertad, está perfectamente ilustrada por una cita atribuida a Voltaire en su Tratado de la tolerancia: "No estoy de acuerdo con lo que me dices, pero lucharé hasta el final para que puedas decirlo".

La tolerancia es una elección dictada por una convicción. Se define generalmente como un estado mental de apertura hacia el otro. Se trata de respetar maneras de pensar y actuar diferentes de aquellas que uno mismo tiene.

La intolerancia ha sido uno de los pilares en los cuales se ha afincado la exclusión, ya que no permite aceptar otra forma de pensar o actuar que la propia. De allí nace también el fundamentalismo, el cual ha sido negativo para la vida eclesial. La iglesia está llamada a adoptar el paradigma de la tolerancia como forma de convivencia.

La tolerancia no es contraria a la unidad, pero sí se opone a toda uniformidad de criterio. Es la búsqueda del bien común en la diversidad. Es una actitud equilibrada y objetiva hacia las opiniones, prácticas y otras características como raza, religión, y nacionalidad que difieren de las nuestras. Respetar al otro, es una línea fundamental de convivencia, especialmente el desarrollo de una conciencia de aceptación de las opiniones o actitudes del otro u otra, aunque sea algo defectuoso, imperfecto o errado, demuestra madurez como personas cristianas.

En forma general podemos afirmar que un proceso de inclusión parte de la sensibilización a las condiciones y necesidades de los demás y cediendo los espacios para ello. Hemos afirmado que el culto es un lugar propicio para la inclusión plena, la que debe desarrollarse con una participación comunitaria, abierta y total. Además de que la labor eclesial sea una práctica comunitaria, la iglesia debe preocuparse por atender las necesidades de los otros, esta preocupación por los otros recibe el nombre de diaconía que es el llamado bíblico a hacer de las palabras hechos concretos. Esta no debe tener la finalidad de exhibir a la iglesia como servidora para aumentar su prestigio, sino que debe fundarse en el amor desinteresado a Dios y al prójimo; por lo tanto, debe ser llevado a cabo por personas con características especiales llamadas resilientes y que aman cristianamente, es decir responsablemente, basado en principios de alteridad y tolerancia a los que están en necesidad, independientemente de sus diferencias con quienes asumen el rol evangélico.

CONCLUSIÓN

A las personas excluidas generalmente se les define como aquellas que le son negados los derechos humanos y sociales. Son personas con una imagen desvalorizada de si mismas, producto de un proceso acumulativo de factores negativos, imposición de barreras sociales y límites que dejan a las personas o grupos fuera de la participación en la vida social. Estos límites y barreras que fácilmente desembocan en diversas patologías sociales son de origen diverso y van más allá de la mera carencia de ingresos.

La exclusión desde el punto de vista economicista se fundamenta en ser irrelevante para una economía de mercado a falta de capacidad para consumir lo que dictan las pautas de consumo. Desde el punto de vista psicológico la exclusión está asociada a una serie de condiciones y agresiones a la dignidad de las personas, efecto de patologías en el vínculo. Desde el punto de vista social, la exclusión consiste en separar a una persona o un grupo con una cultura particular de una comunidad o de un sector de la sociedad. Los mecanismos de separación pueden ir desde la indiferencia hasta la represión más explicita y se basa en prejuicios sociales, étnicos, ideológicos, raciales, de género, entre otros.

En el campo de la iglesia, la exclusión se origina en las distorsiones de su misión. Las causas son un liderazgo que se asienta en una ortodoxia moral que define la unión como conformidad y uniformidad. La iglesia al cumplir su misión valora a sus miembros y a las personas en general a partir de tradiciones, normas y doctrinas que resultan excluyentes. Por esto, sin ignorar o ser permisivo ante verdaderas patologías, los cristianos de criterio amplio deben respetar la conciencia de los otros para edificarse mutuamente.

La exclusión no es novedad desde la perspectiva de la fe, la Biblia recoge ampliamente el drama de la relación humana que se entreteje en la tensión exclusión/inclusión y que se fundamentaba en asuntos raciales, de religión, cultura, status económico, político y de otra índole. Felizmente, el número de hechos inclusivos es superior, el ejemplo lo constituyen la mayoría de los profetas y Jesús. La perspectiva de inclusión de Jesús resulta clara, desde que rompía todos los convencionalismo sociales, pues "come con cobradores de impuestos y pecadores" (Mc 2.16, Mt 9.11). A quienes se consideraban importantes, y creían no tener nada que aprender de los demás, Jesús les desafiaba con las personas excluidas de su tiempo: pobres, presos,

enfermos y pecadores (Lc 4:18.19). A estos les atendía como afligidos, agobiados y *hermanos suyos* y con estas actitudes complicaba la vida cómoda de aquéllos. Como antítesis a la exclusión, Jesús muestra el rostro amoroso de Dios, que comprende los errores y faltas humanas para ser superados.

En Latinoamérica se profundiza la imagen de la exclusión, por efecto de la marginación económica. Tales condiciones reclaman una perspectiva diferente desde la fe, de esta demanda surge la Teología Latinoamericana. Para ésta, hacer teología no es tarea única de eruditos: los pobres también pueden releer y rehacer la historia, lugar que les había sido arrebatado. Los excluidos ya no son el objeto, sino los sujetos de esta teología, por ello pueden descubrir que la pobreza es un estado escandaloso, atentatorio a la dignidad humana y por consiguiente no es de orden natural ni es voluntad divina, sino el fruto de estructuras sociales y económicas pecaminosas.

En la comunidad de fe las alternativas para superar la exclusión giran en torno al uso de sus espacios y capacidades en función del crecimiento personal y convite de los sectores sociales excluidos. Uno de esos espacios es el momento litúrgico, el cual debe orientarse a la participación comunitaria. Además, su misión es convertir las palabras en verdadero Evangelio, por ello debe servir a quienes padecen necesidades individuales o estructurales, a ésta forma de servir se le llama diaconía, y debe basarse en un espíritu koinonal. Estas y otras actividades inclusivas deben estar fundamentadas en el amor a Dios y al prójimo, sólo con ello la iglesia puede hacer posible que el Reino de Dios sea una realidad entre los suyos. Otras alternativas giran en torno a descubrir y valorar a las personas con cualidades resilientes, ésta capacidad que lleva implícita muchas otras actividades positivas, es la capacidad de resistir y salir bien librados ante las adversidades de la vida. Al ser descubierta puede ser bien canalizada no sólo en beneficio de la persona misma, sino como soporte para otros que necesitan un proceso de acompañamiento.

La iglesia incluyente no agrupa en ghetos o reductos a las personas. Por ello, su verdadera labor de inclusión comienza por crear una conciencia de respeto y tolerancia con aquellas que se expresan con normas o estilos de vida no comunes.

Una vida que honra a Dios incluye necesariamente la preocupación por el bienestar de las otras personas. La iglesia está llamada a realizar una praxis interesada en todo lo que atañe la vida de los hermanos, a conocer las formas de exclusión y ayudar con su ejemplo a la superación de cualquier circunstancia que desvalorice la vida.

BIBLIOGRAFÍA

Biblias

Biblia de estudio Dios habla hoy. Edición interconfesional de referencia. Traducción bajo la dirección de las Sociedades Bíblicas Unidas. EE UU: Sociedades Bíblicas Unidas, 1996.

Libros

Assman, Hugo. *Crítica á lógica de exclusáo*. Sao Paulo: Paulus, 1994.

Berenstein, Isidoro y Janine Puget. *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica.* Buenos Aires: Paidos, 1997.

Clinnebell, Howard*. Asesoramiento y cuidado pastoral*. Nashville: Abingdon Press, 1995.

De Santana, Julio. A Igreja dos pobres. Conselho Mundial de Igrejas. Sao Bernardo do Campo: Imprensa Metodista, 1985.

Duque, José y Germán Gutiérrez, editores. *Itinerarios de la razón critica*. San José: DEI, 2001.

Echegaray, Hugo. *La práctica de Jesús.* Salamanca: Sígueme, 1982.

Ellacuría, Ignacio y Jon Sobrino, editores. Misterium Liberationis. San Salvador: UCA, 1991.

Foulkes, Irene. *Problemas pastorales en Corinto*. San José: DEI, 1996.

Frankl, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1979.

Fromm, Erich. *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo veintiuno, 1980.

_________. *El corazón del hombre.* México: Fondo de la cultura económica, 1986.

Guerrero, Juan Antonio y Daniel Izusquiza. *Vidas que sobran*. Santander: Sal Térrae, 2003.

Gutiérrez, Gustavo. *Acordarse de los pobres/textos esenciales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2003.

__________.*La fuerza Histórica de los pobres*. Segunda edición en español. Salamanca: Sígueme, 1982.

Herra, Rafael Ángel. *Violencia, tecnocratismo y vida cotidiana*. San José: Editorial Costa Rica, 1984.

Johnson, David y Jeff Van Vonderen. *El poder sutil del abuso espiritual*. Miami: Unilit, 1995.

León, Jorge. *Psicología pastoral para todos los cristianos*. 12ª edición. Buenos Aires: Kairos, 2000.

Lewontin R.C., Steven Rose y Leon J. Kamin. *No está en los genes*. México: Grijalbo, 1991.

Melillo, Aldo y Elbio Néstor Suárez. *Resiliencia/descubriendo fortalezas*. Buenos Aires: Paidos, 2002.

Meves, Christa y Joachim Illies. *La agresividad necesaria*. Santander: Sal Terrae, 1979.

Pixley, Jorge y Clodovis Boff. *Opción por los pobres*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1986.

Polischuk, Pablo. *El consejo terapéutico*. Barcelona CLIE, 1994.

Ramírez-Kidd, José Enrique. *El Libro de Ruth/Ternura de Dios frente al dolor humano*. San José: Sebila, 2004.

Rauschembush, Walter. *Los principios sociales de Jesús*. Buenos Aires: La Aurora, 1918.

Russel, Letty M. *La iglesia como comunidad inclusiva*. San José: UBL, 2004.

Sobrino, Jon y otros/otras. *Teología y liberación, escritura y espiritualidad. Ensayos en torno a la obra de Gustavo Gutiérrez*. Lima: CEP-Instituto Bartolomé de las Casas, 1990.

_________. *Opción por los Pobres y seguimiento de Jesús* en José María Vigíl ed. Santander: Sal Terrae, 1991.

Sandoval García, Carlos. *Otros amenazantes*. San José: Universidad de Costa Rica, 2003.

Santos N., Hugo. *Dimensiones del cuidado y asesoramiento pastoral*. Buenos Aires: Kairos, 2006.

Suárez Ojeda, Elbio Néstor. "Una concepción latinoamericana: La resiliencia comunitaria" en Aldo Melillo y Elbio Néstor Suárez Ojeda. *Resiliencia/Descubriendo Fortalezas*. Buenos Aires: Paidos, 2002.

Tamayo Acosta, Juan José. *Para comprender la Teología de la liberación.* 5 edición. Verbo Divino: Estella, 2000.

Tamez, Elsa. *La Biblia de los oprimidos*. San José: DEI, 1979.

Artículos de consulta

Baltodano, Mireya. “El endemoniado de Gerasa”, Pasos 65 (1996), 2-8.

León, Jorge. “La psicología Pastoral en las comunidades eclesiales de hoy” *Dimensiones del cuidado pastoral*. Buenos Aires: Kairos. (2006)

Melillo Aldo, Mirna Estamatti y Alicia Cuestas. “Algunos conceptos psicológicos del concepto resiliencia”. Melillo, Aldo y Néstor Suárez Ojeda. 2002. Resiliencia. *Descubriendo las propias fortalezas*, Buenos Aires: Paidos. (2002), 86-87.

Moltmann, Jurgen. *Diaconía en el horizonte del Reino de Dios*. Santander: Sal Terrae. 1987.

Ulloa Castellanos, Javier. “La esperanza como locura y lucidez. Un acercamiento teológico-pastoral”. Oikodomein, año 10, Nº 11, Noviembre (1984) ,148.

Santos, Hugo N. “Así nos sana Jesús, una lectura pastoral de Juan 7:53 - 8:11”. Cuadernos de Teología. Volumen XXIII. Buenos Aires: ISEDET (2004), 275-282.

Ulloa Castellanos, Sergio. “Dimensiones del cuidado pastoral”, Buenos Aires: Kairos. 2004.

Tesis

Cook Steike, Elisabeth. “La mujer como extranjera en Israel”. Tesis, Universidad Bíblica Latinoamericana, 2004.

Internet

Bell Adell, Carmen “Exclusión social”, disponible en http://www.ctv.es/USER/cprtopa/compensatoria/Exclusion_social.pdf. Fecha de acceso: 15 de Mayo 2007.

Botto, Justina. “Marginación y desocupación”, disponible en http://www.monografias.com/trabajos10/margi/margi.shtml. Fecha de acceso: 15 de mayo de 2007.

Diccionario de la Real Academia Española. “Exclusión” disponible en http://www.drae.htm. Fecha de acceso: 15 de abril, 2007.

Fullkrug-Weizel, Cornelia. “Diaconía y Globalización”, disponible en http://www.lupaprotestante.es/revista/article.php3?id_article=26. Fecha de acceso: 20 de Mayo 2007.

Wikipedia.”Exclusión” disponible en http://www.wikipedia.org/wiki/Exclusi % C3%B3nsocial. Fecha de acceso: 20 de mayo, 2007.

Zayas Fuentes, Sergio José. 1999. “Una posible tipología de exclusión social: aproximación al caso de Málaga y Melilla”, disponible en http://www.ucm.es /info/ec/jec7/pdf/com_5-7.pdf. Fecha de acceso: 15 de Mayo de 2007.